

SECCIÓN DE INFORMACIÓN
DEL EJÉRCITO DE TIERRA



BOLETIN DECENAL

REPÚBLICA



ESPAÑOLA

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL
MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL

BOLETIN DECENAL

SECCIÓN DE INFORMACIÓN DEL E. M. DEL EJÉRCITO DE TIERRA

SUMARIO

	Págs.
La situación militar: <i>La ofensiva italiana</i>	3
Crónica internacional: <i>Los problemas mundiales y la guerra de España.</i>	6
Instrucción: <i>La preparación militar de cabos y sargentos.</i>	12
Operaciones combinadas de mar y tierra, en cooperación con las fuerzas aéreas.	16
Guerras por la independencia de España: <i>La batalla de Bailén (19 julio 1808)</i>	26
Reseña de revistas: <i>Observaciones sobre la guerra química. - Datos sobre el "Gran Berta"</i>	37
Noticias de otros ejércitos: Alemania. - <i>Marina de guerra.</i> Francia. - <i>El avión Potez 63 C-3.</i> Unión Soviética. - <i>Composición de un regimiento de infantería</i>	43

BOLETIN DECENAL

SECCIÓN DE INFORMACIÓN DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DE TIERRA

NÚMERO 44

3 DE ENERO DE 1939

LA SITUACIÓN MILITAR

La ofensiva italiana

Cuando se escriben estas líneas, la ofensiva italiana contra nuestro frente del Este se desarrolla en toda su envergadura.

Ha dado comienzo esta ofensiva tal y como había sido anunciada por nuestros Servicios de Información: con las Unidades italianas que fueron señaladas, con los mandos y la participación de fuerzas que se esperaban, por los puntos de ataque previstos.

Tal vez cause extrañeza que el enemigo haya emprendido una operación como ésta, sabiendo que no podía utilizar la sorpresa, uno de los factores más importantes en toda ofensiva. Pero este hecho inexplicable desde un punto de vista estrictamente militar, halla su explicación si se tiene en cuenta la extraordinaria importancia que en nuestra guerra tiene el factor político, y al mismo tiempo viene a denunciar, con mayor elocuencia que ningún otro dato, la situación real del enemigo.

Es significativo que la ofensiva haya sido desencadenada en los momentos en que la prensa internacional publicaba informaciones que, aun debiendo ser acogidas con reserva en sus detalles, reflejaban indudablemente el panorama poco tranquilizador que la retaguardia de la zona invadida ofrece a los invasores y sus agentes. He aquí, pues, uno de los motivos de carácter político que han impulsado al enemigo a iniciar este ataque en la forma en que lo ha hecho.

De igual manera, el factor internacional ha pesado considerablemente en su decisión. Italia tiene prisa por llevar a la entrevista de Mussolini con el Sr. Chamberlain un mapa de España en el que se haya modificado sensiblemente a su favor la situación militar. Lo confirma la prensa italiana al jactarse cínicamente, no ya de la interven-

ción de sus tropas en esta batalla, sino del hecho de que la dirección de la misma esté encomendada a generales italianos. Lo corrobora asimismo la prensa alemana al explicar las causas de esta ofensiva. El periódico alemán «Westdeutscher Beobachter», del 24 de diciembre, confiesa el temor que los enemigos de España sienten ante la creciente hostilidad que observan en Francia y en Inglaterra para lograr sus propósitos en nuestro país. Reconoce que el mundo entero se opone a la concesión de los derechos de beligerancia a los agentes de los invasores y que a consecuencia de ello es muy difícil que Mussolini pueda obtener un resultado positivo de su entrevista con el señor Chamberlain.

El «Westdeutscher Beobachter», dice a este respecto: «La cuestión de los derechos de beligerancia se considera en París y en Londres, según declaran taxativamente las últimas manifestaciones, desde el punto de vista de los acuerdos del Comité de No intervención. Esto quiere decir que las dos democracias occidentales hacen depender la concesión de estos derechos de una nueva retirada de los voluntarios extranjeros del lado nacionalista».

Planteado el problema internacional en estos términos, los invasores pretenden eludirlo, poniendo al mundo ante un hecho consumado y buscando una ventaja militar para emplearla como instrumento de chantaje y de amenaza, sus procedimientos predilectos. El propio periódico alemán citado anteriormente lo descubre cuando, a continuación del párrafo que acabamos de reproducir, dice lo siguiente:

«Sin embargo, podría ser que esta situación sufriera una modificación fundamental si, por ejemplo, la situación militar hasta el día de la visita del Sr. Chamberlain a Roma se modificara también esencialmente.»

De este modo, queda perfectamente claro que la actual ofensiva del enemigo se debe fundamentalmente a exigencias de carácter político que reflejan su debilidad. Y por lo mismo, su fracaso ha de tener para él consecuencias desastrosas. Si tanto le acucia la situación de su retaguardia como para desdeñar en el ataque las normas elementales de la sorpresa, cabe imaginar qué proporciones revestirá para él ese peligro después de ver fallidos sus intentos. Del mismo modo, si después de haber escandalizado más al mundo con el descaro de los italianos, éstos no logran una ventaja apreciable, su posición internacional será mil veces peor.

Es, pues, natural, que los invasores realicen en esta batalla es-

A E

ARCHIVOS
ESTATALES

fuerzas superiores a los que hasta aquí han desplegado, compensando con la acumulación de material y de todas las fuerzas italianas, el factor que no han podido utilizar de la sorpresa. La violencia de sus ataques tiene que ser mayor que nunca.

Pero nuestro Ejército, teniendo clara conciencia de la situación, ha de hacerles fracasar en sus propósitos. La primera fase de la batalla indica ya que el enemigo no ha podido desarrollar sus planes conforme lo tenía previsto. Y esto permite confiar en el curso ulterior de los combates.

Nuestra táctica de resistencia encuentra plena justificación en las razones políticas que angustiosamente impulsan al enemigo a emprender la ofensiva que en estos momentos tiene lugar en el frente del Este.

Contenerle y diezmar sus filas es el deber de nuestro Ejército. La resistencia y el contraataque: esta es la táctica, desarrollada con moral de ofensiva, que nos aconseja emplear la situación en que el enemigo se encuentra.

No se trata aquí de predecir cuál ha de ser el resultado final de la batalla. Ello depende del Ejército de la República. Pero sí cabe afirmar que, si en esta ocasión supera las mejores actuaciones de otros tiempos, el enemigo habrá entrado en el período del principio del fin.

CRÓNICA INTERNACIONAL

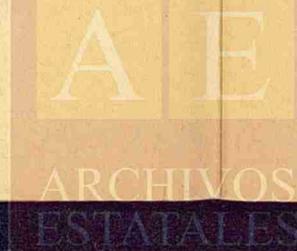
Los problemas mundiales y la guerra de España

Al comenzar el año 1939, la situación del mundo es francamente intranquilizadora. El año de 1938 vió la continuación de la tragedia española, la desaparición de Austria del número de las naciones y la mutilación, más bien descuartizamiento, de Checoslovaquia, reducida hoy al tristísimo papel de humilde satélite del planeta alemán. Vió también cómo proseguía, llena de ferocidad, la invasión nipona en China.

Pero el eje Berlín-Roma-Tokio, que obtuvo tantas victorias contra las democracias occidentales, cuyas clases dirigentes imponen a sus Gobiernos una política de capitulaciones, no se declara satisfecho aún. Hitler y Mussolini se han repartido los papeles europeos y han abandonado a su cómplice amarillo la explotación de Asia. Acabarán riñendo y disputándose a dentelladas alguna presa codiciable. Pero mientras Europa y África sigan siendo campos abiertos a sus rapiñas, obrarán de acuerdo y se guardarán una fidelidad de ladrones en cuadrilla, porque saben que, separados, no podrían aspirar a los éxitos que lograrían —de no variar las perspectivas— si permanecen unidos política y militarmente.

* * *

De todas formas, es un hecho que en el reparto de lo conquistado y robado, Alemania se ha llevado la parte del león. El eje, en Europa, gira en beneficio de Berlín y el megalómano de Roma tiene razón para llamarse a engaño. Se viene contentando con promesas esperanzadoras. Y exige realidades concretas. Sabe que vale más pájaro en mano que ciento volando. Y esos pájaros tienen nombres significativos. Se llaman Niza, Córcega, Túnez y Suez... Djibuti.



La Alemania nazi quisiera que moderase su impaciencia, porque abriga vastos planes, relacionados con su imperial y racial «Drang nach Osten». La Marcha hacia el Este donde hay trigo, carbón y petróleo, y mares de aguas tibias y caminos que llevan al próximo Oriente, comenzó en marzo, con la anexión de Austria, siguió en septiembre, con la destrucción de la democracia checoslovaca, y se quisiera hacerla proseguir durante el invierno actual. Para facilitarla se ha inventado un mito: el ucraniano.

Ukrania, que no fué jamás una nación, que se denominó, siglos enteros, Pequeña Rusia, que carecía de tradiciones de independencia, que ha sido Tierra de Nadie, país de fronteras, cuando los cosacos luchaban con los zaporogos y los tártaros de Crimea, que no pudo nacer a una vida nacional en los años que vieron el derrumbamiento del zarismo, que osciló entre Petliura y Skoropadsky y gimió bajo el yugo austro-alemán y soportó las guerrillas anarquistas de Makhno y concluyó por arrojarle en brazos de los hombres del Kremlin, que edificaban la nueva patria eslava sobre las ruinas de la antigua, es considerada por Hitler, como antes por Tannenberg, como zona natural de expansión del germanismo victorioso.

Pero Polonia, que tantas zalemas hiciera al Führer, que en su odio a los Soviets —odio oficial, desde luego— olvidara su historia y conspirara, absurdamente, contra sus mismos intereses, ha empezado a alarmarse. Tiene en su territorio seis o siete millones de ucranianos y rectificando la diplomacia germanófila de Beck, se ha aproximado a Moscú. Y Rumania, que se acuerda de aquellos meses de la Gran Guerra en que Falkenhayn, bajando de los Alpes transilvanos, invadía las llanuras de Valaquia, y Mackensen, subiendo de la Dobrudja, iba sobre Bucarest y penetraba en las provincias moldavas y amenazaba Jassy, envía a su rey a París y a Londres y manda a Moscú telegramas significativos. El instinto de conservación obra maravillas. El miedo reflexivo impone ásperas revisiones de conductas.

* * *

Mussolini, sin embargo, se impacienta. Ha denunciado el acuerdo que firmara con Laval y su prensa esclava, conjunto de perros azuzados, ladra a los franceses. Esos energúmenos de alquiler que son Gayda y Farinacci se visten el traje pintoresco del Matamoros de la comedia italiana renacentista y asestan, a los aires, terribles golpes de

mandoble. Y Daladier va a Córcega y a Túnez, y Poncet, el embajador de Francia en Roma, pronuncia frases en que hay alusiones a la movilización de septiembre.

De todas maneras, es una realidad que la opinión francesa no admite, no ya cesiones territoriales, pero ni creaciones de irredentismos ficticios que pudieran en un mañana próximo justificar procedimientos parecidos a los que lamentan hoy en Praga. No quiere que haya sudetas en Córcega y en Túnez, ni que Djibuti, única estación naval francesa del Mar Rojo, sea cedido a Italia. En una de las últimas sesiones de la Cámara, el jefe de la derecha, M. Luis Marin, mostróse de acuerdo con la izquierda para pedir al Gobierno que no hiciese concesiones peligrosas.

* * *

Y si el problema particular franco-italiano, tan agudo, tan grave, no puede ser ya tema de las conversaciones entre Chamberlain y Mussolini, ¿de qué hablarán ambos? El «Times» dice que de la cuestión española. Pero la cuestión española aparece ahora más desorbitada que jamás lo estuvo. La ofensiva del Segre es una ofensiva italiana y así lo reconoce, con gran estrépito de timbales, la prensa de la vecina península. ¿Cómo va a plantearse, en condiciones tan extraordinarias, el asunto de la beligerancia? Chamberlain ha de contar no sólo con la oposición inglesa, sino con la oposición de París. Y París está muy alarmado. Hasta sus clases conservadoras, franquistas de siempre, empiezan a preguntarse si no cometerían un acto de traición, ayudando al triunfo del *Caudillo*. Recientemente, dos periódicos «La République», de Roche, y «La Croix», órgano del catolicismo político tradicional —«L'Aube» es vocero del catolicismo democrático— han evolucionado y se han puesto de nuestra parte y el primero de ellos ha llegado a afirmar que Francia debe ayudarnos, por egoísmo, a ganar la guerra.

* * *

Y por cierto que, con una oportunidad completamente alemana, Hitler ha lanzado, sobre Chamberlain, precisamente en vísperas del viaje, la piedra de la denuncia del acuerdo naval germano-británico. Como se sabe, en 1935, Inglaterra y Alemania, a espaldas de Francia, que se enfadó mucho, concertaron un convenio relativo a las cons-

trucciones de buques de guerra. En virtud de él, Alemania se comprometía a no tener nunca, a flote y armado, más que un 35 por ciento del tonelaje de la flota inglesa. En el capítulo especial de submarinos, la proporción debía ser de 46 a 100. Naturalmente el Reich se reservaba el derecho de salirse de ese margen, previa notificación de su propósito al Foreign Office.

Pues bien: a fines de año y 24 horas antes de que Chamberlain, en Londres, pronunciase un discurso a los postres del banquete de la prensa extranjera, la Wilhemstrasse envió a Londres un documento en que declaraba que el Gobierno berlinés iba a establecer la paridad de las fuerzas submarinas de las dos naciones. Para lograrla, va a construir 45.000 toneladas de navíos de esa clase. Tiene, en la actualidad, de 40 a 50 submarinos, en su mayoría de menos de 500 toneladas. Pero el eje Roma-Berlín-Tokio reúne seguramente más de 200. Con el aumento decidido por Hitler, Inglaterra veríase en condiciones de inferioridad. Y se acuerda del bloqueo submarino alemán de la Gran Guerra, de los centenares de torpedeamientos que la pusieron en trance casi mortal.

La flota submarina alemana, aumentada hasta la paridad, y unida con la italiana, podría dominar en el Mediterráneo, el Mar del Norte y el Atlántico, ya que dispondría, si Franco triunfara, amén de las bases de Italia, Córcega, Sicilia, Pantellaria y Libia, de las baleáricas, de las españolas peninsulares y las de Ceuta, Melilla y Alhucemas. En lo relativo al Atlántico, no olvidemos nuestras costas del Marruecos español, islas Canarias, ni las posesiones hispánicas del Golfo de Guinea. En cuanto al Mar del Norte, los estuarios del Wesser, el Ems y el Elba y Helgoland, son puntos de apoyo de gran importancia estratégica.

Se comprende la emoción de los Lores del Almirantazgo y la irritación de los diarios británicos. Ya se habla de la construcción de un gran número de contratorpederos. El rearme naval seguiría, con ritmo acelerado, al aéreo y al terrestre. Y todo esto ocurre a los tres meses de la entrevista de Munich...

* * *

La conferencia de Lima, manifestación panamericana sintomática, no dió todo el fruto que se esperaba de ella. Sin embargo, su declaración final es muy significativa. Todo el continente colombino ha repu-

diado la ideología y los métodos totalitarios y ha afirmado su fidelidad a los principios democráticos y liberales.

Veintiuna repúblicas americanas han manifestado solemnemente que siguen fieles «a sus instituciones republicanas, a su inquebrantable deseo de paz, a sus profundos sentimientos de humanidad y de tolerancia y a su adherencia absoluta a los principios del derecho internacional, de la igualdad de la soberanía de los Estados y de la libertad individual sin prejuicios religiosos o raciales». Es una terrible bofetada moral que reciben en pleno rostro el Führer, el Duce y la camarilla militar del Japón.

Desde luego, la Conferencia de Lima ha señalado un evidente progreso en el camino hacia la solidaridad continental e ideológica, abierto por la Conferencia de Buenos Aires de 1936.

Sigue al triunfo del Frente Popular en Chile y al rompimiento de las relaciones diplomáticas entre el Brasil y Alemania. América, esperanza de la Humanidad, se alza contra el totalitarismo. Regocijémonos de ello, como españoles.

* * *

Según una estadística oficial, durante 1938, los disturbios de Palestina, fomentados por los italianos y alemanes contra los ingleses, han causado 1.850 muertos. Los rebeldes árabes, en su lucha con los soldados de Inglaterra, perdieron unos mil hombres, aparte de los heridos, y las fuerzas británicas, 58. Hubo además 524 árabes y 267 judíos muertos por atentados terroristas. Y el problema, lejos de resolverse, se agrava. Mussolini y Hitler aumentan la hoguera de la xenofobia árabe.

Los japoneses han publicado una estadística de las bajas de la guerra china. Según ella tuvieron hasta ahora unos 58.000 muertos, por 850.000 de sus adversarios. Probablemente esta estadística es una ficción más. ¿Qué sabe nadie, ni siquiera Tchang-Kai-Chek, cuántos chinos murieron a consecuencia de la invasión nipona? Pero la verdad es que la China republicana resiste, y como resiste, Roosevelt acaba de prestarle 25 millones de dólares. Y dicese que Inglaterra le va a prestar una suma análoga. La defección del vicepresidente del Kuomintang no ha influido en la voluntad de resistencia de los patriotas.

* * *

Pero los problemas que al terminar el año quedan planteados, desde el Oriente europeo hasta el Norte de África, la libertad o la hegemonía en el Mediterráneo, el que se verifique o no una nueva reforma del mapa está supeditado a la actividad que en estos momentos se desarrolla en los frentes de España.

Esta carta juega un papel fundamental en todas las conversaciones de las Cancillerías, en el tono de los discursos de los jefes de los países totalitarios y en los argumentos de los gobernantes de las democracias.

Lo que pase en 1939 alrededor de todos los problemas que deja planteados el año que finaliza estará supeditado al desarrollo de nuestra guerra. Así lo ven unos y otros. Pero sobre todo quien no debe olvidarlo son los combatientes de esta guerra de independencia. Por ser su actuación tan importante y decisiva para la suerte del mundo se dirigen hacia ellos las miradas, las adhesiones de todos los hombres libres de la tierra.

INSTRUCCIÓN

La preparación militar de cabos y sargentos

Las pausas entre las grandes operaciones deben utilizarse en nuestro Ejército para una preparación muy intensiva de los cuadros y de las tropas.

El mando de las grandes unidades, sin descuidar su preparación general y permanente para la lucha, debe conceder una atención particular a la preparación de cabos y sargentos, que constituyen el eslabón fundamental del mando subalterno.

El sistema de preparación consta de dos fases:

PRIMERA. — La preparación en las escuelas de las grandes unidades respectivas, y

SEGUNDA. — La preparación y perfeccionamiento con las tropas.

¿Qué reciben en la escuela el cabo y el sargento? A ella van los mejores soldados o cabos, aquellos que han recibido certificados de buena conducta por parte de sus jefes, y gozan de cierta experiencia militar, *pero que aún no poseen los conocimientos* indispensables para mandar una escuadra o un pelotón. En la escuela siguen unos cursos muy intensos en cuanto a su volumen, pero breves en el tiempo. Necesitan asimilarse muchas cosas en un tiempo bastante limitado y, en muchos casos, en escuelas que cuentan con una base de material insuficiente.

Es evidente, por lo tanto, la importancia *decisiva* que tiene la *calidad* de la enseñanza en las escuelas. ¿Se encuentra esta calidad en todos los casos a un nivel suficientemente elevado? No siempre. Se dan casos en que la enseñanza adolece de una tendencia excesiva a la *teoría*, en que las cualidades de mando de los futuros cabos y sargentos no se desarrollan mediante un sistema que una a la teoría los *ejercicios prácticos*, en que, en lugar de asimilar prácticamente, se obliga

A E

ARCHIVOS
ESTATALES

a los alumnos a trazar en el encerado y a aprender de memoria los distintos esquemas de las formaciones de combate, en que el maestro, en vez de una conversación viva, ilustrada con ejemplos sacados de la experiencia militar de la guerra actual, lee monótona y fastidiosamente la lección en el reglamento o en los libros, etc.

Si tuviéramos las posibilidades de tiempos de paz, sería posible invertir mayor tiempo en los estudios teóricos, pero como ahora no las poseemos, el corto espacio de tiempo de que se dispone en las escuelas exige que los directores y maestros *recurran audaz y resueltamente a los más eficaces métodos docentes.*

¿Cuál es la característica de estos métodos?

1. — Ante todo, una *economía rígida del tiempo*. Cada hora, cada minuto, deben estar llenos de un contenido docente concreto. Hay que luchar decididamente contra todo empleo improductivo del tiempo.

2. — *Una organización bien meditada* de cada ejercicio. Si el ejercicio se hace en la clase deben tenerse preparados croquis, maquetas, planos y todo el material gráfico conveniente; si se trata de un ejercicio táctico, por ejemplo, de tiro, tendrá que haber en el terreno blancos, instrumentos, armas comprobadas y limpias, tener trazada la línea de fuego, haber tomado las medidas de seguridad, etc.

3. — *Preparación esmerada de los ejercicios* por parte de los maestros. Cada uno de ellos debe hacerse las preguntas: «¿qué es lo que voy a enseñar?» y «¿cómo voy a enseñarlo?», y tener a punto respuestas concretas. El maestro no debe descuidar su preparación personal para los ejercicios. Por muy bien que conozca el tema *tiene la obligación* de meditar previamente sobre el método que ha de emplear en la lección, para proporcionar a los alumnos la mayor suma de conocimientos con la menor pérdida posible de tiempo.

4. — *Inclinación decidida a los ejercicios prácticos*, haciéndolos *preceder y acompañándolos* de breves incursiones por el campo de la teoría. Cada maestro deberá fijar la proporción de tiempo necesario para estos dos tipos de ejercicios, basándose en su experiencia personal y en sus procedimientos metódicos.

5. — *Enseñar mediante demostraciones prácticas*, que constituyen la base del método más eficaz de preparación. Enseñar primero todo el procedimiento en conjunto, y explicar luego sus detalles. Empezar por indicar a los alumnos *para qué se hace algo* (finalidad), e indicar luego *cómo hacerlo* (procedimiento).

Los futuros cabos y sargentos, cuando todavía se hallan en la

escuela, deben adquirir ya, aunque no sea más que en cantidades mínimas, hábitos prácticos de enseñanza y educación del soldado. Lo necesitan para que, al regresar a su unidad, puedan convertirse cuanto antes en perfectos jefes-educadores de las masas de soldados.

Es evidente que las escuelas, aun contando con los métodos de enseñanza más perfectos y con la moral más elevada por parte de los alumnos, no pueden crear un jefe subalterno acabado. Al regresar de la escuela a sus respectivas unidades, los cabos y sargentos deberán adquirir, a base de los conocimientos que ya poseen, *hábitos prácticos*, y perfeccionar aquéllos.

Para el desenvolvimiento ulterior de sus cualidades de mando, los cabos y sargentos necesitan un auxilio sistemático por parte de sus superiores y someterse a ejercicios eficaces y bien organizados.

¿Cuál ha de ser el contenido principal de estos ejercicios? La enseñanza y perfeccionamiento de las cualidades indispensables para dirigir con éxito el combate de sus pequeñas unidades.

Las obligaciones fundamentales del cabo y del sargento están resumidas en las publicaciones del periódico «Ejército Popular», pero para aprenderlas hay que seguir el siguiente método:

- ejercicios bien organizados,
- estudio sistemático de los Reglamentos y lectura de la bibliografía militar, y
- perfeccionamiento práctico y diario de los conocimientos y métodos adquiridos en la escuela.

Claro está que los ejercicios que se realicen en las unidades deben tener un *carácter exclusivamente práctico*. El mando, al aprobar los programas, debe fijarse en ello y cortar todo intento de convertir los ejercicios en seca y fastidiosa disquisición teórica.

Los comisarios, por su parte, *mediante demostraciones prácticas*, deben auxiliar a los cabos y sargentos para que asimilen los métodos adecuados a la labor educativa que han de ejercer junto al soldado. No hay que olvidar que estos mandos subalternos son los que están *más cerca* del soldado y que éste se halla constantemente en su esfera de acción.

En el combate, el cabo y el sargento deben ser para los soldados de sus escuadras o pelotones respectivos verdaderos modelos de valor, decisión y audacia. Pero al mismo tiempo que son combatientes valerosos y fuertes, el cabo y el sargento no pueden olvidar ni un minuto sus funciones de mando. Los casos frecuentes en que, dejándose

arrastrar por el ardor de la lucha, *se olvidan* de dirigir a sus subordinados, no deben generalizarse, pues pueden acarrear graves contratiempos.

* * *

Todos los ejércitos del mundo conceden extraordinaria atención al problema de la formación de los cuadros de mando subalternos. En los países fascistas se procura, con la disciplina a palos y la demagogia social, enseñar y educar a las clases de tropa, con el intento de hacer de ellas un instrumento ciego en manos del fascismo, que pueda someter a la masa de los soldados.

En el Ejército de la República los cabos y sargentos han de ser preciosos representantes de la democracia, luchadores conscientes contra los invasores fascistas. Su labor y autoridad tendrán por base la firme disciplina del Ejército verdaderamente Popular, consciente de que lucha por la Patria y por los ideales más altos de la Humanidad.

No es necesario exponer la extraordinaria importancia que tiene para nuestro Ejército la formación de robustos cuadros de mando subalternos, fieles a la República y bien preparados. El mando deberá preocuparse de ello constantemente y facilitar por todos los medios la capacitación de los cabos y sargentos, tanto en las escuelas, como en las unidades.

Todo el sistema de preparación y educación debe estructurarse de tal manera que cabos y sargentos puedan convertirse en verdaderos *guías* de sus pequeñas unidades.

Operaciones combinadas de mar y tierra, en cooperación con las fuerzas aéreas

Para estudiar las posibilidades de una acción conjunta de las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas basándose en los ejemplos que ofrece la historia militar contemporánea, habría que dividir el tema en dos partes:

1. — La cooperación estratégica y económica resultante del fin militar común a todas las fuerzas armadas y que se extiende a lo largo de toda la guerra, y

2. — La cooperación táctico-estratégica en determinadas acciones comunes, que se designan con el nombre de «operaciones combinadas».

Vamos a ocuparnos de esta segunda parte, siguiendo las ideas que prevalecen actualmente en Alemania, por considerarlas de interés para nosotros.

I

La operación combinada, que para algunos constituye una de las formas más eficaces de la guerra marítima, es difícil de realizar. No cabe en ella la menor improvisación; requiere, por el contrario, por parte de todas las fuerzas armadas participantes, una preparación conjunta y minuciosa.

Es condición indispensable de toda operación combinada la posesión del dominio marítimo en medida suficiente y de la superioridad aérea sobre el lugar en que haya de realizarse la operación. En otros tiempos, para ejercer sin discusión el dominio marítimo bastaba el empleo de una flota de combate superior. Actualmente, el dominio del mar depende también de otros medios, como, por ejemplo, submarinos, aviones de bombardeo, canoas rápidas y minas. Una flota que no tenga las suficientes grandes unidades de combate, si tiene en cambio dichos medios, puede hacer difícil el aprovechamiento de las

rutas marítimas a un enemigo superior, tanto más cuanto más se aleje éste de sus costas y se acerque a las del adversario.

Otra condición indispensable consiste en la necesidad de que haya una absoluta claridad de visión acerca del objetivo estratégico perseguido. Todo Alto Mando que ordene una operación combinada con el objeto de ocupar una costa enemiga, ha de saber claramente si se trata de una operación de carácter decisivo para la guerra o bien de una diversión estratégica. El no haber tenido en cuenta este principio contribuyó, como veremos luego, al fracaso de la expedición de los Dardanelos.

La preparación y realización de cada una de dichas operaciones es completamente distinta. La diferencia más visible reside en el número de fuerzas a emplear. La maniobra diversiva no requiere tantas como la operación decisiva. Otra diferencia consiste en las medidas que se tomen respecto al secreto y la sorpresa. En la diversión estratégica habrán de emplearse las menos fuerzas posibles, para presentarlas, sin embargo, ante el enemigo en forma que parezcan lo suficientemente numerosas. En este caso puede ser ventajoso para la situación general engañar al enemigo con grandes preparativos que le obliguen a aprestarse a la defensa con fuerzas numerosas, que luego puedan faltarle en el teatro decisivo de las operaciones.

En la operación decisiva, en cambio, es primordial el máximo secreto de todos los preparativos.

Cuando ya se tiene un concepto claro de la finalidad y objeto de la operación combinada hay que ocuparse de la elección de puntos de desembarco. El Jefe de las fuerzas terrestres hará valer, en primer lugar, los principios tácticos de la operación sobre tierra. Teniendo en cuenta la situación del enemigo, tratará de realizar un desembarco en un frente amplio, en aquellos lugares que permitan un rápido desplazamiento del ataque y el establecimiento de una primera cabeza de puente.

Estas condiciones deben armonizarse con las de carácter marítimo (estado del mar, corriente, marea, resaca, mar de fondo), viento, estado atmosférico, condiciones para el acercamiento de las barcasas de desembarco en un amplio frente, protección contra buques de guerra y submarinos, peligro de minas.

Por último, hay que tener también en cuenta los principios tácticos aéreos, principalmente por el limitado radio de acción de los aviones.

El resultado habrá de ser un compromiso. El Jefe de marina designará los lugares adecuados para la operación de desembarco, el Jefe de las fuerzas terrestres escogerá los que sean más apropiados para ello, y el Jefe de aviación dará su parecer sobre si es posible y en qué medida el apoyo de las fuerzas aéreas. En la mayoría de los casos las posibilidades que ofrezca la costa se limitarán por varias causas a unos pocos lugares; mientras que el defensor, que por su parte se habrá planteado el problema en sentido opuesto, se fortificará cuidadosamente o, por lo menos, estará prevenido contra un desembarco en dichos lugares.

Una operación de desembarco tendrá, pues, que contar, en todo caso, con la resistencia del enemigo. Y reducirla es difícil, puesto que el defensor tiene de su parte casi todas las ventajas tácticas.

La primera arma de que echará mano el defensor será su aviación. Su libertad de movimiento y rápida posibilidad de empleo permiten concentrarla rápidamente sobre los puntos amenazados, con el objeto de compensar la superioridad aérea del atacante y de atacar a su vez su flota de transporte, que en el momento de transbordar las tropas a las embarcaciones pequeñas, tiene que estar anclada, ofreciendo así un buen objetivo para el bombardeo aéreo.

En el combate terrestre las circunstancias son también desfavorables para el atacante: las baterías de costa, bien ocultas en el terreno, difíciles de localizar desde el mar, y las mejores posibilidades de la observación desde tierra, dan a la artillería de costa una superioridad considerable sobre la artillería naval. En una costa montañosa los cañones de los buques encuentran, además, dificultades de trayectoria, mientras que el defensor, empleando el tiro curvo, puede disparar, sin ser molestado, desde una posición bien protegida. Sin embargo, la neutralización de la artillería del defensor es condición previa para realizar el transbordo de las tropas desde los buques a las barcasas.

En el momento de tomar tierra las primeras secciones de desembarco se produce un momento crítico. La gran potencia defensiva de las armas automáticas favorece al defensor. Únicamente los buques de guerra que se encuentren muy próximos, es decir, unidades ligeras en la mayoría de los casos, pueden intervenir para favorecer el desembarco con fuegos de protección. También en este caso ofrecerán una desventaja las dificultades de trayectoria. Otra dificultad la constituye el movimiento del mar, que hace imposible ejecutar un fuego preciso desde las barcasas y que impide al mismo tiempo uti-

A E

ARCHIVOS
ESTATALES

lizar embarcaciones más pequeñas con objeto de dispersar el fuego de las armas enemigas.

Para superar estos inconvenientes existen tres métodos:

1. — Nubes de humo. Sin embargo, su empleo requiere viento y circunstancias atmosféricas favorables y mucha cantidad de humo si se quiere dificultar por largo tiempo y en suficiente anchura y profundidad el efecto del fuego enemigo.

2. — Empleo de embarcaciones especiales de marcha superficial y blindadas (como han hecho los japoneses en la actual guerra con la China).

3. — Desembarcar al mismo tiempo en varios sitios para obligar al enemigo a dispersar sus fuerzas.

Si las tropas desembarcadas en primer lugar son suficientemente numerosas, deben avanzar decididamente tierra adentro, sin preocuparse de las fracciones vecinas, con el objeto de aprovechar el éxito inicial y de ganar el suficiente terreno para que, a ser posible, los restantes trasbordos de tropas queden asegurados contra el tiro observado de la artillería.

La importancia de la sorpresa para el desembarco en una costa fortificada es, pues, evidente. No hay que olvidar que, dados los actuales medios de transmisión, la sorpresa es cada vez más difícil: La concentración de considerables fuerzas de mar y tierra, los largos preparativos consiguientes, difícilmente pueden mantenerse secretos y pronto habrán de ser el objetivo permanente de la observación aérea enemiga y de la aviación de bombardeo. Si con ello resulta imposible la sorpresa estratégica, es de tanta mayor importancia conservar la táctica, es decir, dejar al enemigo en duda el mayor tiempo posible sobre el lugar, tiempo y esfuerzo principal del desembarco. Para conseguirlo existen los siguientes medios:

1 — Maniobras de engaño, como, por ejemplo, reconocimientos y rastreo de minas en otras direcciones que la escogida, cañoneos, bombardeos, esparcir falsos rumores y noticias tendenciosas por medio de la prensa y de la radio, desembarcos simulados y secundarios.

2 — Impedir la observación aérea enemiga sobre la base de operaciones, necesidad que debe cumplirse por lo menos en los últimos días que precedan a la iniciación de las operaciones, con el objeto de mantener oculto el momento de partida.

3. — Aprovechar la obscuridad durante la marcha hacia el lugar

del desembarco, con el fin de limitar la eficacia de la observación enemiga.

Estas circunstancias, así como la situación del enemigo y el atento examen de los objetivos propuestos, servirán para calcular la amplitud de la operación, con el consiguiente problema de la cantidad de material y fuerzas que haya de necesitarse. Es condición indispensable la existencia de una buena base de operaciones lo más próxima posible a la zona de ataque, y suficientemente provista de muelles, embarcaderos y, en caso necesario, de depósitos y talleres para la reparación de buques.

Las fuerzas que han de emplearse en la operación se dividen en cinco elementos diferentes:

1. — Tropas.
2. — Flota de transporte y flotilla de desembarco (barcazas y remolcadores).
3. — Escuadra de acompañamiento para la seguridad próxima de la flota de transporte y para el apoyo artillero del avance de los primeros elementos de desembarco.
4. — Escuadra de protección, que ha de tener a su cargo contrarrestar los ataques de las fuerzas enemigas de alta mar.
5. — Agrupaciones de fuerzas aéreas para proteger la concentración y marcha de los demás elementos y para cooperar activamente en las operaciones de desembarco.

El dominio de una masa compuesta por elementos tan dispares, presupone, a fin de reducir al mínimo los roces que habrán de producirse, una organización apropiada y minuciosa, cuyos factores más importantes son los siguientes:

a) Determinar claramente la constitución del Alto Mando, que debe estar reunido en una sola mano para unificar eficazmente las opuestas tendencias de las diferentes armas que entran en juego. En primer lugar debe concederse la mayor importancia a la comprensiva colaboración de los EE. MM.

b) Emplear solamente tropas escogidas y material naval adecuado. El ataque a costas fortificadas representa para los buques de guerra un peligro muy considerable, no sólo a consecuencia de la acción de las baterías de costa, sino de la minas, que son muy abundantes en las proximidades de la costa enemiga.

El embarco de tropas en los buques de transporte debe reali-

zarse según criterios tácticos, no técnico-marítimos, y debe ser objeto de ensayos previos, así como el desembarco.

Los buques de transporte, preferentemente de 4.000 a 5.000 Tins., deben estar convenientemente equipados para llevar tropas y ganado, y haberse ejercitado especialmente para la navegación en convoy.

c) Será a menudo indispensable añadir portaaviones a la escuadra de acompañamiento.

d) La cooperación de las diferentes armas, antes y durante el desembarco, debe regularse minuciosamente. La división del trabajo será la siguiente:

Las fuerzas de defensa aérea protegen la concentración, navegación y desembarco de las tropas, debiendo dar preferencia, hasta que termine el transbordo sobre las barcasas, a la protección de la flota de transporte y de la flotilla de desembarco. Simultáneamente, fuerzas ofensivas aéreas batirán a la aviación enemiga y a sus organizaciones terrestres en un amplio radio en torno al lugar de desembarco, para impedir su actuación en dicho lugar. Por último, actuarán contra las reservas enemigas que sean llevadas hacia los lugares de desembarco.

Las fuerzas navales cuidan de asegurar el transporte de las tropas hasta el lugar del desembarco, apoyan éste con su artillería, lo protegen contra los ataques marítimos y aéreos, y realizan demostraciones, acompañadas de cañoneos sobre tierra.

Las tropas de desembarco apoyan a la flota neutralizando desde tierra las fortificaciones enemigas de la costa y de campaña, y ocupando bahías para las fuerzas navales. En caso necesario pueden entablar combate para conquistar puntos de apoyo en provecho de la flota.

e) Es también muy importante determinar concretamente las normas que hay que seguir para el ulterior desarrollo de la operación, por ejemplo, objetivos de marcha para las tropas de desembarco, modo de asegurar sus flancos de combate, ataques a las comunicaciones enemigas de retaguardia, protección de los servicios de aprovisionamiento por la flota, etc.

II

La operación combinada de mar y tierra más importante de la Gran Guerra fué la emprendida por los Aliados sobre los Dardanelos. En un próximo artículo nos volveremos a ocupar de esta operación,

tan rica en enseñanzas, desde el punto de vista de la defensa de costas; ahora trataremos solamente de exponer las causas del fracaso de dicha expedición, tanto más sorprendente cuanto que la marina inglesa tenía en su historia una larga experiencia de desembarcos.

Las raíces del fracaso residían ya en el primer planeamiento de la operación. A primeros de enero de 1915, Rusia solicitó de sus aliados una diversión estratégica, con el objeto de aligerar el frente del Cáucaso contra los turcos. La idea fué aprobada por el Gobierno inglés en forma de una demostración naval.

Pero ya cuando se hacían los preparativos, fué adquiriendo la operación otros caracteres de más vuelo, al perseguir el objetivo de forzar el paso de los Dardanelos y ocupar Constantinopla, con el fin de establecer una comunicación entre las potencias occidentales y Rusia. Al aumentar la importancia estratégica de la operación, la amplitud de los preparativos debió lógicamente de ser muy otra, es decir, debió verse claramente que la ocupación de los Dardanelos sólo podía conseguirse por medio de una operación combinada. En vez de esto, se mantuvo al principio el plan de una acción puramente naval.

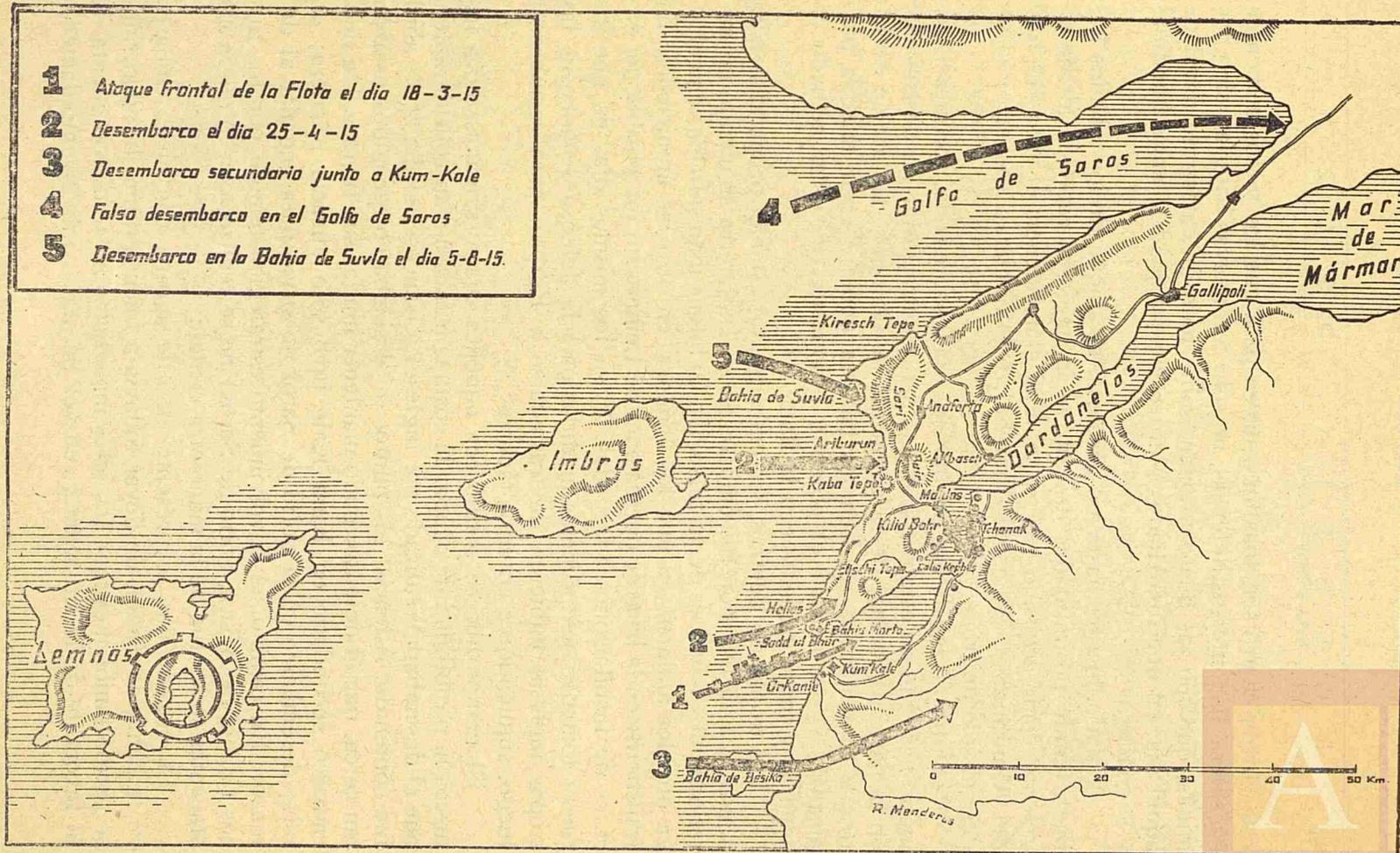
Poco a poco se fué viendo que, independientemente del ataque naval dispuesto, para conseguir la destrucción total de los fuertes de la costa acallados por la artillería naval, era también necesaria «la presencia de fuerzas de tierra». En un Consejo de Ministros celebrado el 26 de febrero se acordó llevar a la isla de Lemnos la 29 División y otras fuerzas estacionadas en Egipto. Estas fuerzas, sin embargo, sólo debían emplearse en caso necesario.

Obsérvese que, hasta en el mismo momento en que se ponen a disposición tropas para la operación de los Dardanelos, se duda —contra todos los principios militares— en emplearlas, contentándose con utilizar únicamente la flota. En consecuencia, se dejaba de tomar seriamente en consideración el modo de empleo de las tropas, tanto en caso de éxito de la flota como de fracaso.

De gran importancia para toda la campaña de Gallípoli fué el no aprovechar el momento de la sorpresa. Ya el bombardeo de los fuertes exteriores, el 3 de noviembre de 1914, por una escuadra anglo-francesa, hizo que los turcos pusieran todavía más atención en aquel sensible punto estratégico.

Hasta el mes de febrero de 1915 no empezó la sistemática neutralización de dichos fuertes por la flota. Desde entonces hasta el gran ataque naval del 18 de marzo, aunque se efectúan ataques intermedios,

- 1 Ataque frontal de la Flota el día 18-3-15
- 2 Desembarco el día 25-4-15
- 3 Desembarco secundario junto a Kum-Kale
- 4 Falso desembarco en el Golfo de Saros
- 5 Desembarco en la Bahía de Suvla el día 5-8-15.



transcurren cuatro semanas, que sirven para que los turcos aumenten considerablemente sus defensas, no sólo con nuevas baterías, sino con minas, que son las que ocasionan, sobre todo, la catástrofe naval de aquel día, en que los Aliados pierden siete unidades, entre hundidas y averiadas.

Y sin embargo, hasta sin sorpresa, el ataque de los Aliados hubiera tenido posibilidades de éxito si lo hubieran repetido al día siguiente, como aconsejó con su habitual clarividencia el entonces lord del Almirantazgo, Winston Churchill, o lo hubieran apoyado con un desembarco de tropas.

Las fortalezas de los Dardanelos eran, sobre todo, fortificaciones marítimas, que no estaban armadas para contrarrestar un desembarco en la parte occidental de la península de Gallípoli. La acción de las tropas concentradas en Lemnos hubiera podido servir todavía para alcanzar sin dificultad el objetivo propuesto, de haber actuado en seguida y conjuntamente con la flota.

Las tropas de Lemnos, sin embargo, no estaban preparadas para actuar. La 29 División fué embarcada en Inglaterra siguiendo un criterio técnico-naval, es decir, falso. En un buque iban sólo los vehículos, en otro los atalajes, en uno los cañones, en otro las municiones. El transbordo en la base de operaciones de Lemnos no fué posible por carecer de instalaciones adecuadas. Y en los mismos días en que los turcos tomaban sus primeras medidas para la defensa de la costa, las tropas inglesas hubieron de trasladarse a Egipto, para reembarcar luego, siguiendo ya criterios tácticos.

El tiempo que se perdió con aquellas cuatro semanas dió a los turcos la posibilidad de ocupar la costa con fuerzas tan considerables, que el desembarco realizado por ingleses y franceses el día 25 de abril fué contenido. Además, los puntos de desembarco escogidos estaban tan cerca, que el defensor pudo mantener unidas sus fuerzas. Un desembarco secundario en Kum Kale tuvo sólo eficacia pasajera; un falso desembarco en el golfo de Saros no sirvió para engañar al defensor. En cambio, el envolvimiento estratégico temido por los turcos (Bahía de Bésica, golfo de Saros) no se realizó, con lo que a los atacantes se les fué de la mano otra ventaja.

La ocasión que se presentó el 6 de agosto, con el desembarco en la bahía de Suvla, de llevar todavía a buen término la operación, se perdió también porque los jefes inmediatos no se dieron cuenta de lo favorable de la situación y, en vez de atacar ininterrumpidamente

la poco numerosa guarnición turca, permanecieron indecisos dos días en la costa.

En resumen, el fracaso de la operación de los Dardanelos se debió sobre todo a los factores siguientes: Ausencia de un plan de conjunto terrestre-naval y con un objetivo concreto; no tomar en consideración la sorpresa; organización deficiente; empleo de material anticuado; excesiva valoración de la eficacia de la artillería naval; roces entre el Alto Mando inglés y el mando de la expedición, y a veces entre las tropas de desembarco y la flota; mala selección de los puntos de desembarco; no haber mantenido el necesario dominio del mar; y, en último término, incapacidad de algunos mandos subordinados.

La intervención de las fuerzas aéreas por ambas partes tuvo una importancia muy escasa.

GUERRAS POR LA INDEPENDENCIA DE ESPAÑA

La batalla de Bailén (19 julio 1808)

El heroico levantamiento del pueblo de Madrid, el 2 de Mayo de 1808, contra la invasión napoleónica, tuvo por consecuencia inmediata el alzamiento general de todos los pueblos de España, en defensa de su independencia.

A las fuerzas regulares existentes se unieron rápidamente numerosos voluntarios, y las Juntas de Defensa que surgieron en las principales ciudades procedieron a la organización de varios ejércitos.

El más importante de todos era el de Andalucía, cuya dirección fué confiada por la Junta de Defensa de Sevilla al general D. Francisco Javier Castaños, quien concentró sus tropas en Útrera, donde, no obstante la escasez de medios y otras dificultades, recibieron una rápida instrucción intensiva, llegando a maniobrar diariamente por espacio de 8 horas.

Con objeto de someter el alzamiento del sur de España, Murat, el lugarteniente de Napoleón en Madrid, envió contra los españoles la primera división de su cuerpo de ejército, al mando del general Dupont, uno de los jefes más prestigiosos del Ejército francés, veterano de las campañas de Marengo y Friedland.

* * *

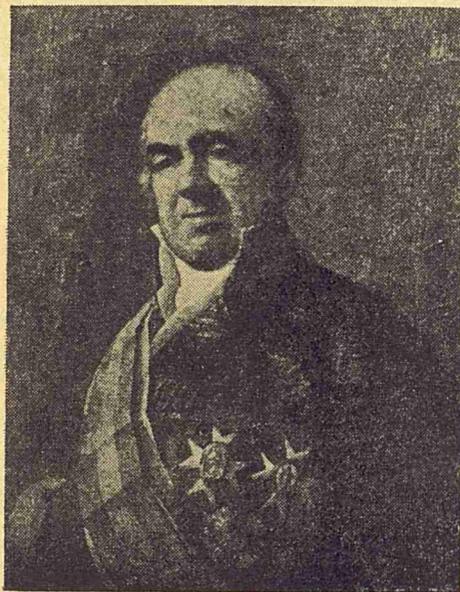
Dupont, con unos 11.000 infantes y 2.000 caballos, atravesó la Mancha sin dificultad, pasó Sierra Morena, hostilizado por algunas guerrillas, redujo la resistencia que le opusieron las fuerzas del general Echevarri en el puente de Alcolea, y entró en Córdoba, donde sus tropas se entregaron a un brutal saqueo.

Pero por haber sufrido bastantes bajas y tener noticias de que el ejército que se aprestaba a combatirle en Andalucía era superior en

Además, contaban como tropas auxiliares con unos 2.000 voluntarios, que formaron dos agrupaciones a las órdenes, respectivamente, del Teniente Coronel Cruz Murgeon y del Coronel Valdecañas.

* * *

En un consejo de guerra celebrado en Porcuna, los generales españoles decidieron tomar la ofensiva con arreglo a este plan: Reding, apoyado por Coupigni, pasaría el río Guadalquivir por Mengíbar para cortar las comunicaciones de Dupont con Bailén; mientras Castaños, con las otras dos divisiones, le atacaría de frente en Andújar; por último, las fuerzas volantes de Cruz Murgeon, pasando el río por el puente de Marmolejo, hostilizarían la derecha del enemigo, procurando correrse por su retaguardia, mientras que las de Valdecañas actuarían por los pasos de la Sierra para interceptar las comunicaciones.



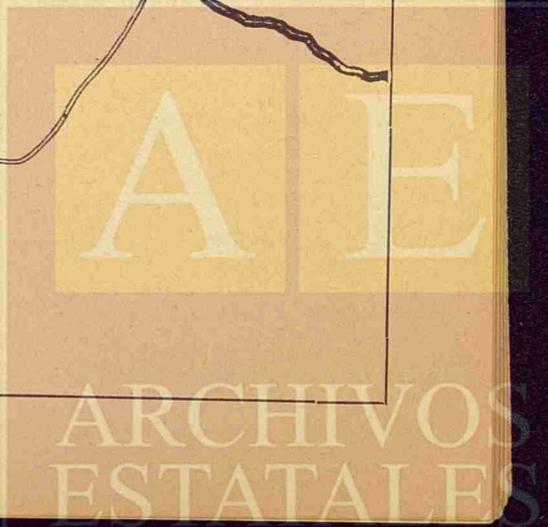
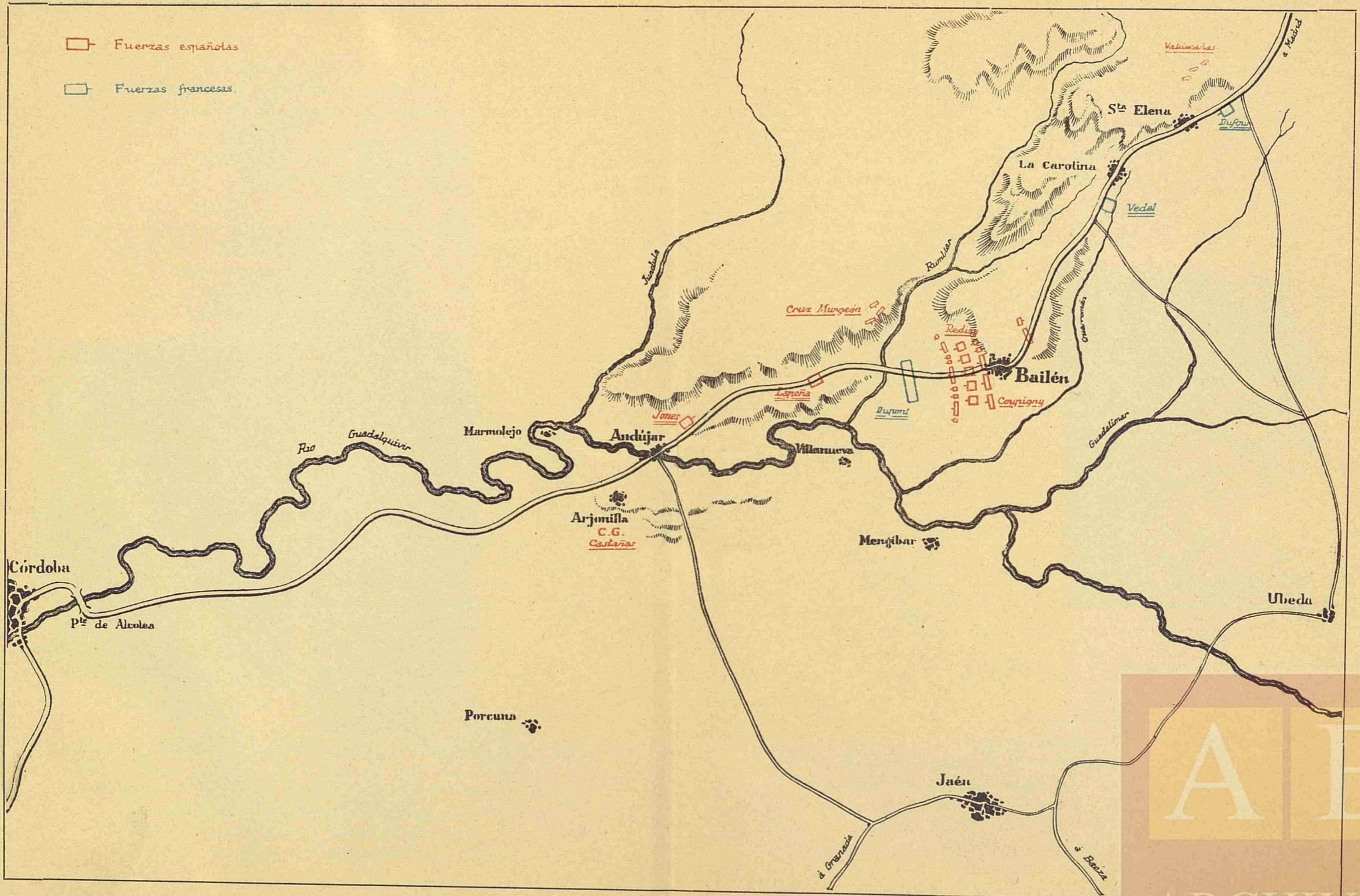
El general Castaños.

Con arreglo a este plan, el día 14 de julio el Cuartel General se trasladó a Arjonilla, donde, después de un reconocimiento ofensivo, Castaños se apoderó de unas alturas que dominan Andújar y desde las cuales sostuvo un cañoneo con Dupont, haciéndole replegarse en la madrugada del día siguiente a sus posiciones.

El mismo día 14 por la tarde Reding partió con su división para

Mengíbar, protegido por Coupigni, que con la suya se dirigió a Villanueva de la Reina.

En la mañana del día 15 Cruz Murgeon atraviesa con sus guerrillas el Guadalquivir por el puente de Marmolejo, corriéndose después por la derecha del enemigo y ocupando por último el peñasal de Morales, donde se fortificó y rechazó varios ataques franceses. El



mismo día 15 Vedel llegó ante las posiciones de Reding, quien, a pesar de las maniobras de los franceses para obligarle a manifestar sus fuerzas, logró mantener las suyas prudentemente reunidas.

En vista de esta situación, y creyendo sin duda que Andújar era el punto elegido por los españoles para dar la batalla, Dupont ordenó a Vedel que se le incorporase inmediatamente, dejando sólo frente a Mengíbar a la brigada Belair.

Pero en la madrugada del día 16 Reding atraviesa el Guadalquivir por el Vado del Rincón, a 3 kms. de Mengíbar, obliga a retirarse a la brigada Belair y derrota luego a la división Gobert que había ido en su auxilio. El propio general Gobert muere en el combate, siendo substituído en el mando de la división por Dufour.

El día 17, Coupigni, que había ocupado anteriormente Villanueva, rechazando los dos batallones que la ocupaban, se reúne con Reding cerca de Mengíbar.

Viendo Dupont en peligro sus comunicaciones con Bailén, hizo que Vedel marchase de nuevo a esta población; pero Vedel no encuentra allí a la división Dufour, que, atraída por los guerrilleros de Valdecañas, se había dirigido hacia el Norte, estacionando en Santa Elena. Temiendo que se perdiesen las comunicaciones con Castilla, Vedel se establece a su vez en La Carolina.

Conocedor de estos movimientos, y preocupado por el hueco que quedaba a su izquierda, Dupont decide retirarse a Bailén; pero con objeto de burlar la vigilancia de Castaños, aplazó la ejecución de la marcha hasta el día 18 por la noche. El camino ya estaba interceptado. Aquel mismo día 18, Reding y Coupigni habían entrado sin dificultad en Bailén, acampando sobre el camino de Andújar, adonde pensaban marchar al día siguiente. Allí se dió la batalla.



El general Reding.

* * *

Mientras Castaños proseguía el cañoneo y amagando reconocimientos, Dupont emprendió su movimiento al anoecer del día 18. Sus fuerzas formaron del siguiente modo:

— En cabeza de la columna la brigada Chabert, precedida de una vanguardia compuesta de un batallón de infantería y las compañías de preferencia de los demás cuerpos de la brigada;

— Un escuadrón de cazadores y cuatro piezas, a las que seguían 450 carruajes;

— Grueso de las fuerzas, mandado por Dupont;

— Retaguardia, a las órdenes de Barbou, compuesta de 2 regimientos de dragones, un escuadrón de coraceros, el batallón de marinos de la Guardia y los zapadores del ejército.

La marcha fué muy penosa por el excesivo calor de la noche.

A las 2 de la madrugada del día 19 de julio, al llegar las primeras fuerzas de la vanguardia francesa al Rumbiar, riachuelo afluente del Guadalquivir, entran en contacto con las avanzadas españolas, que se ven

obligadas a replegarse por el desfiladero que forman el Cerrajón y Los Zumacares.

Al escuchar el fuego de la vanguardia, Reding y Coupigni corren a sus puestos y aprestan las tropas para la lucha. En aquel momento comenzaba a amanecer.

Las tropas españolas se hallaban situadas en una altura a la salida de Bailén, dispuestas en tres líneas y del siguiente modo:

— Primera línea en orden desplegado y apoyada con tres baterías sobre la altura mencionada.



El general Dupont.

— Segunda línea en columna, con su correspondiente artillería desfilada por su distancia a la primera.

— La tercera línea estaba compuesta en su mayor parte de caballería con otras tres baterías.

La división Reding ocupaba la derecha del camino de Bailén a Andújar. A la izquierda estaba la división Coupigni.

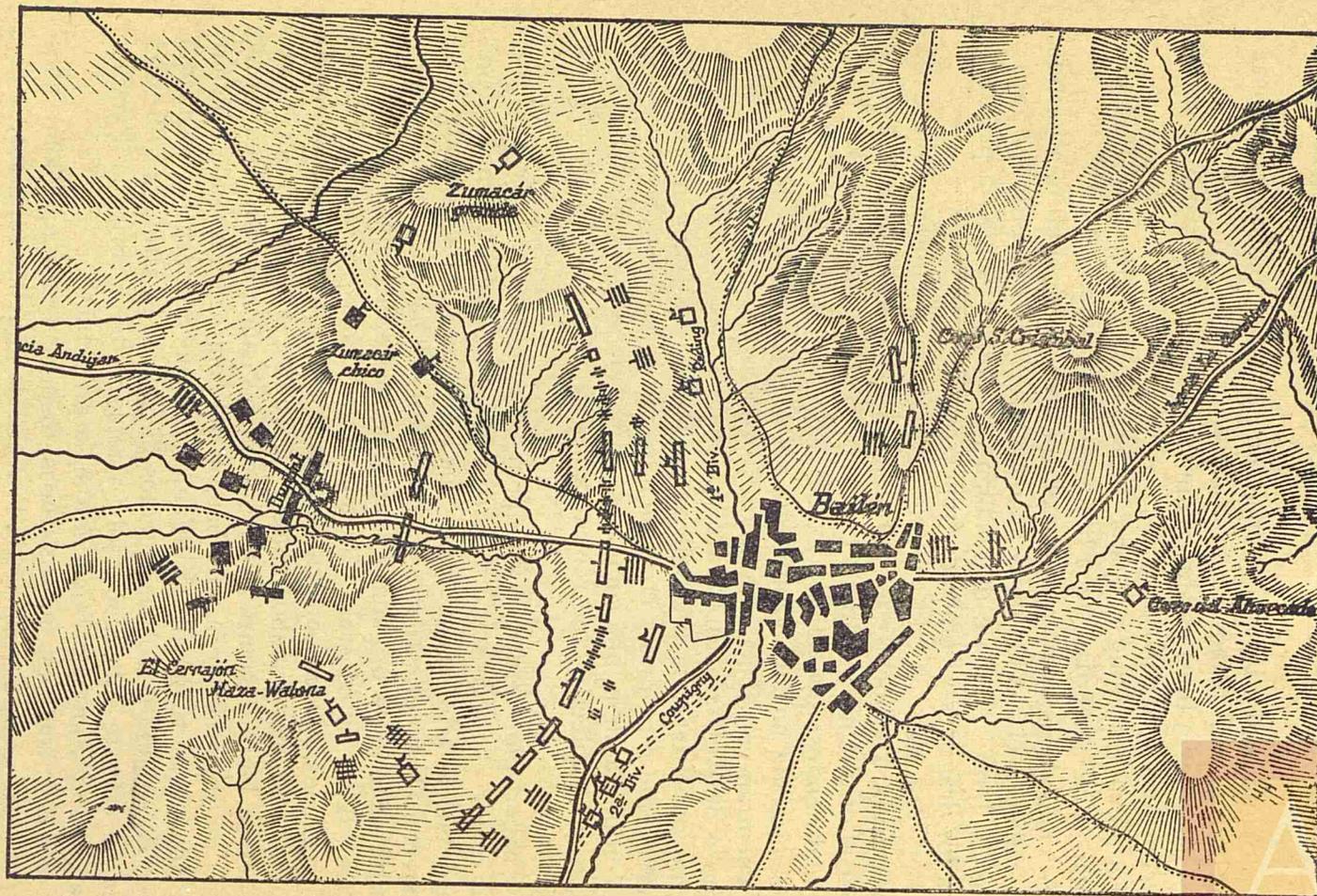
Además de estas fuerzas, en el ala derecha se situó una partida organizada por el alcalde de Granada, y en el ala izquierda los garrochistas de Jerez y Utrera, que habían de cubrirse de gloria peleando contra los dragones y coraceros franceses.

Por otra parte, y con objeto de ponerse a cubierto contra un ataque de la división Vedel, situada en La Carolina, hizo Reding ocupar al otro lado de Bailén el cerro de San Cristóbal y el del Ahorcado, cubriéndose por flancos y frente con fuerzas de caballería.

Rechazada nuestra vanguardia por las fuerzas de Chabert, éstas se encuentran con fuerzas de nuestra izquierda que se dirigían hacia los cerros de El Cerrajón y Haza-Walona. Acosados los nuestros fuertemente por infantería y caballería enemigas, Coupigni les envía inmediatamente refuerzos y consiguen ocupar la posición de Haza-Walona con un batallón, una compañía de ingenieros y 30 caballos. Estas fuerzas se establecen dando frente a la carretera, para molestar la derecha francesa.

Chabert pide refuerzos a Dupont para seguir el combate y entretanto rompe el fuego sobre nuestro centro, enviando algunas fuerzas para desalojar a los españoles de sus posiciones de la izquierda y de la derecha. Todo el esfuerzo resulta inútil y Chabert se resigna a esperar el resto de la brigada que aparece luego dirigida por el propio Dupont. Éste, sin esperar la llegada de las demás fuerzas, reorganiza sus batallones, coloca una batería a la derecha del camino, protegida por dos batallones a ambos lados y apoyada a retaguardia por los cazadores de Dupré. Rompe el fuego con sus cañones, pero bien pronto se ven inutilizados por nuestra batería del centro. La brigada Chabert, reducida así al fuego de su infantería, tiene que esperar hasta que lleguen en su auxilio dos regimientos de suizos, la artillería y la caballería de ejército, quedando sólo a retaguardia la brigada Panetier, encargada de contener a Castaños si se presenta.

Dupont, con estas nuevas tropas, dispone otro ataque sobre nuestra derecha; pero, a pesar de la bravura de aquellos soldados, a cuya cabeza marchan sus generales, no llegan a salvar la mitad de la dis-



— — — — — Fuerzas españolas

— — — — — Fuerzas francesas

tancia que los separa de nuestra línea. Al mismo tiempo que se producía este ataque sobre nuestra derecha, los coraceros de Privé atacan el flanco izquierdo, al que hacen ceder por un momento, consiguiendo apoderarse de una bandera; pero bien pronto se ven detenidos por fuerzas de infantería que maniobran hábilmente y resisten con tenacidad férrea. Dupont, aprovechando la pequeña ventaja alcanzada sobre nuestra izquierda, prepara una de sus columnas para cargar sobre nuestra batería del centro. Reding lanza sobre dicha columna 600 caballos que la destrozan. Pero, acometidos a su vez por la caballería francesa, se retiran revueltos con ésta, penetrando en nuestra batería de la derecha. Allí se empeña un combate durísimo, en que los artilleros se defienden con espeques y escobillones. Rehecha nuestra infantería y reagrupados los escuadrones, se consigue rechazar a los jinetes franceses, que dejan el suelo cubierto de cadáveres.

El excesivo calor y la falta de agua habían aumentado la fatiga de las tropas combatientes, aunque los españoles se vieron favorecidos por las mujeres de Bailén, que no cesaban de llevar cántaros de agua al terreno de combate.

Reding comenzaba a impacientarse al no ver aparecer en el campo de batalla las fuerzas de Castaños, que, procedentes de Andújar, debieran atacar la retaguardia francesa, mientras que de un momento a otro temía que se presentara la división Vedel procedente de La Carolina. En vista de ello se decide a tomar la ofensiva por su derecha, donde, después de reñidos encuentros, unos y otros combatientes se ven obligados a retirarse a sus primitivas posiciones.

Dupont intenta un ataque general, después de reanimar a sus soldados haciendo circular la noticia de la llegada de Vedel y mostrando la bandera conquistada a los españoles. Las columnas, con sus generales al frente y al grito de ¡Viva el Emperador!, realizan un esfuerzo supremo, pero se estrellan ante nuestras líneas «que aterraban por su inmovilidad», y ante una infantería «que ofrecía el aspecto de un muro impenetrable de bronce», según dice un gran historiador francés.

El general Dupont no se resigna, sin embargo, a la derrota e intenta un último esfuerzo sobre el centro de la línea española. Dupont se pone al frente de los 500 marinos de la guardia, quienes con el arma al brazo avanzan de una manera impresionante como en un campo de maniobras; pero desde las líneas españolas se suceden las descargas y aquellos valientes marinos se ven obligados a retroceder.

Dupont quiere probar fortuna por última vez, pero sus tropas se hallan completamente agotadas. Desvanecidas sus esperanzas, solicita la suspensión de hostilidades. En aquel momento la división Lapeña, que había sido destacada por Castaños, al darse éste cuenta de que Dupont había salido de Andújar, apareció sobre la retaguardia francesa. Dupont se vió obligado a rendirse, comprendiendo en la capitulación a las divisiones Gobert y Vedel. Éste, entretanto, atraído por el estruendo de los cañonazos, había vuelto de La Carolina, presentándose en el campo de batalla a las 5 de la tarde y atacando por retaguardia a los españoles; pero ante la amenaza de que serían pasadas a cuchillo las tropas de Dupont, se vió obligado a suspender las hostilidades.

Después de dos días de discusiones, Dupont y Castaños firmaron



Capitulación de Bailén.

en una mala venta de la carretera de Andújar la capitulación. En virtud de ella se rindieron a los españoles, para ser transportados luego por mar a Francia, 17.636 hombres, dejando sus armas, con 40 piezas de artillería y gran número de caballos.

En la batalla habían muerto 2.000 franceses. Las tropas españolas tuvieron 243 muertos y 735 heridos.

* * *

Mucho se han discutido las causas de esta gran derrota de los ejércitos napoleónicos. La simple exposición de los hechos ya deja ver la gran responsabilidad que le correspondió a Vedel en el desastre, primero descuidando el sector de Mengíbar, suponiendo que los españoles presentarían combate en Andújar, y luego abandonando inoportunamente Bailén para proseguir hasta La Carolina, por temor de ver ocupados los desfiladeros de la sierra, cuando en realidad sólo operaban allí las guerrillas de Valdecañas con el objeto de molestar y alarmar. Vedel, pues, cometió el grave error de dar a aquel sector más importancia que al de Mengíbar, donde operaban las dos divisiones de Reding y Coupigni, que habían de apoderarse luego de Bailén.

Por otra parte, Dupont, al retirarse de Córdoba, cometió otro error escogiendo Andújar en vez de Bailén, punto estratégico mucho más favorable para cerrar a fuerzas procedentes del sur los pasos de Sierra Morena, y desde donde hubiera podido vigilarse con pocas fuerzas el camino de Baeza y de Úbeda. Bailén, además, tenía la ventaja de su posición topográfica, por hallarse situado sobre dos colinas y dominar el curso del Guadalquivir, cuya defensa no está en la misma orilla, por ser el río vadeable en verano, sino en punto algo distante, que domine todas las avenidas y permita caer rápidamente sobre el enemigo que lo haya franqueado.

El movimiento envolvente realizado por las tropas españolas era indudablemente peligroso y hubiera podido ser fatal de haber actuado Vedel de otra manera. Pero, además del resultado, lo justifican el conocimiento que nuestro mando tenía de los errores del contrario, el valor y entusiasmo de las tropas, aunque no estuvieran muy instruídas, el conocimiento perfecto del terreno, y el éxito de nuestras guerrillas y reconocimientos, que supieron mantener en la incertidumbre a los generales enemigos, que se encontraban sin confianzas ni noticias en un país completamente hostil.

* * *

Los resultados inmediatos de la victoria de Bailén fueron fulminantes: Los ejércitos franceses levantaron el sitio de Zaragoza, el rey José, hermano de Napoleón, abandonó Madrid, los portugueses se

sublevaron contra Junot, y la mayor parte de la Península quedó por un tiempo libre de invasores.

Pero si los resultados materiales fueron grandes, el efecto moral en toda Europa fué mucho mayor. Por primera vez habían sido derrotadas las invencibles legiones de Napoleón. Y habían sido vencidas por quienes menos pudo creerse, por unas tropas escasamente organizadas e instruídas, a las que Napoleón había considerado como pelotones de insurrectos. «Europa oprimida —dice un historiador— se volvió hacia España, y todos los pueblos fijaron sus miradas en el punto donde saltaba de una manera tan imprevista un destello de luz que había de alumbrar al mundo».

A E

ARCHIVOS
ESTATALES

RESEÑA DE REVISTAS

Observaciones sobre la guerra química

En un artículo sobre el papel de los químicos en la defensa nacional, publicado en una revista inglesa, se hacen las siguientes observaciones sobre la guerra química, que consideramos de interés reproducir:

Desde el punto de vista militar de conjunto, los resultados producidos en cualquier operación por el empleo o amenaza de empleo de agentes químicos son mucho más extensos de lo que podría deducirse de la simple suma de hombres inutilizados. En realidad, muchos agentes químicos (fumígenos, incendiarios, irritantes), producen ordinariamente escasos efectos, y, sin embargo, son medios de guerra importantes. De la misma manera que hoy se admite que el valor de la artillería antiaérea no se mide solamente por el número de aviones derribados, así también la amenaza potencial del armamento químico afecta a la táctica e incluso a la estrategia y ejerce una influencia muy superior a la indicada por el simple número de hombres puestos fuera de combate.

Para explicar la gran diferencia que existe entre la eficacia teórica y los resultados prácticos obtenidos por los gases de combate, hay que tener en cuenta las dificultades técnicas existentes para establecer y mantener sobre considerables extensiones de terreno las necesarias concentraciones de sustancias que puedan producir positivas reacciones fisiológicas. Apenas soltado el gas en una atmósfera abierta, se ponen en acción todas las influencias neutralizadoras de la naturaleza, destruyendo su capacidad tóxica por medio de la dispersión, la dilución, la difusión, la hidrolisis, etc. Al gasear una zona de terreno intentamos algo que repugna a la naturaleza y que requiere un alto grado de técnica, aplicada en circunstancias favorables.

Los experimentos químicos realizados en los laboratorios dan resultados muy diferentes cuando se verifican fuera de ellos. Cuanto más

ambiciosa es la operación de guerra química, tanto más considerable resulta la disparidad entre la eficiencia teórica y práctica de las sustancias empleadas. Esto es lo que hace comprender por qué la acción química en el campo no alcanza normalmente lo que de ella se espera.

Otra causa que limita las bajas en la guerra química es la facilidad con que puede aplicarse la protección artificial y la eficacia de los procedimientos contra los gases.

Sin embargo, subsiste el hecho de que el tipo de guerra química es potencialmente muy mortífero. Cualquier ejército moderno que haya dominado su técnica y que disponga de amplios recursos químicos podría imponer su voluntad en un plazo relativamente corto, si el enemigo descuidara el empleo de las máscaras o de otros medios protectores. Pero todo ejército importante cuenta hoy en día con esta protección. Y puesto que la ciencia química se aplica tanto a la defensa como al ataque, la mortandad de la guerra química resulta en la práctica menos considerable.

El químico debe desarrollar los compuestos necesarios para la guerra química ofensiva; pero el mismo químico debe también idear los medios de protección que han de ser empleados como antídotos contra cada clase de gases.

La experiencia demuestra que ninguna nación emprenderá el uso ofensivo de un gas sin haber elaborado primero los medios de protección contra el mismo. Por lo tanto, podemos considerar falsos todos esos anuncios de un gas de combate contra el que no pueda existir protección. En primer lugar, no es verosímil que se encuentre semejante sustancia, y si lo fuera, ningún ejército se atrevería a emplearla por el peligro que supondría para sus propias fuerzas.

Una de las premisas básicas de la guerra química reside en el hecho de que para todo gas existe un antídoto, y que este antídoto estará desarrollado antes de que se introduzca en la guerra un nuevo agente químico. Si se tiene presente este principio, se ve que hay posibilidad de hacer frente a la perspectiva de nuevos y más mortíferos agentes químicos que puedan introducirse en guerras futuras.

Sin embargo, la amenaza de nuevos gases de combate existe siempre. El público es muy sensible a ello, y una parte de la prensa está siempre dispuesta a proporcionar informaciones alarmantes más o menos disparatadas. Con todo, no es posible desdeñar toda noticia sobre nuevos gases. Los informes que se tengan deben ser revisados por químicos que, además de su preparación científica profesional,

tengan algún conocimiento de las condiciones que un agente químico debe reunir para ser tomado en consideración para usos militares, pues este es el escollo en que zozobran tantos productos aceptables desde otros puntos de vista. Por ejemplo, es bastante fácil armar un gran revuelo sobre la potencialidad mortífera del monóxido de carbono. Se trata de un compuesto extraordinariamente nocivo, pero de tan escasa densidad, que es impracticable la obtención de concentraciones del mismo sobre el terreno; por fortuna, pues de lo contrario nos veríamos obligados a desterrar de nuestras carreteras al productor más prolífero de monóxido de carbono: el motor de gasolina.

Muchas son las condiciones que debe satisfacer un compuesto químico antes de poder ser estandarizado para su empleo militar. Las siguientes son las más importantes:

1. — El agente debe ser muy tóxico, o muy irritante, o producir una gran cantidad de humo o tener propiedades incendiarias.
2. — Debe poder mantenerse almacenado y ser lo suficientemente estable en contacto con la humedad.
3. — Debe ser susceptible de fabricación en gran escala.
4. — Para su producción deberán ser aprovechables las materias primas corrientes.
5. — Debe ser susceptible de cargarse en municiones y no corroer el acero ordinario.
6. — En concentración suficiente sobre campo abierto, la substancia debe ser capaz de evaporación o de otros medios de diseminación, para producir el efecto deseado.
7. — Si la substancia es un gas en condiciones ordinarias, debe poder comprimirse fácilmente hasta el estado líquido y evaporarse en cuanto la presión desaparezca.

Además de estas propiedades absolutamente necesarias, es muy deseable que un agente químico posea las siguientes características:

- Adaptarse al manejo y transporte sin precauciones especiales.
- Al diseminarse como vapor, la densidad debería ser varias veces mayor que la del aire.
- Fabricación barata.
- Ser susceptible de producirse rápidamente en los establecimientos existentes, sin necesidad de cambios considerables en su maquinaria.

Nunca se podrán encontrar substancias químicas que satisfagan todas estas exigencias. La elevada toxicidad es, desde luego, la carac-

terística principal de un gas de combate; pero debe completarse con otros numerosos requisitos ignorados con frecuencia por el público, pero nunca por las autoridades militares.

Una cosa es descubrir gases tóxicos aceptables, y un problema totalmente distinto es manufacturarlos en gran escala para cubrir las necesidades de la guerra moderna. La guerra química es de hecho un tipo de guerra de lujo, cuyo empleo está necesariamente limitado a naciones con un grado avanzado de desarrollo industrial.

De una manera general puede afirmarse que hoy en día la mayoría de las naciones pueden, y de hecho se proveen, de tipos muy eficaces de equipos antigases; pero probablemente no pasan de media docena las naciones que poseen los recursos industriales necesarios para emprender una guerra química ofensiva en gran escala. Por recursos químicos se entiende la posesión de materias primas adecuadas, los establecimientos industriales necesarios para convertirlas en productos refinados, el entrenamiento técnico necesario para poner en marcha semejantes establecimientos y, sobre todo, el personal de investigación y fabricación capaz de estar por lo menos al corriente en esta industria que está continuamente en evolución.

Datos sobre el "Gran Berta"

Varias revistas extranjeras han vuelto a ocuparse recientemente del cañón alemán de largo alcance, conocido vulgarmente con el nombre de «Gran Berta», que en 1918 bombardeó París desde una distancia de más de 100 kilómetros.

La pieza estaba constituída por un tubo de 38 cms., de marina, protegido por un tubo interior que reducía el calibre a 21 cms. Su longitud era de 160 calibres, es decir, de unos 34 metros. Pesaba 200 Tms., y el conjunto (pieza, afuste y accesorios), 750 Tms.

Había que cambiar el tubo cada 65 disparos. Los proyectiles eran de un calibre que pasaba progresivamente de 21 a 23,5 cms., así como el peso de 100 a 115 kilogramos, y la longitud, que en el número 1 de la serie era de 0,90 metros y en el número 65 de 1,11 metros. Los proyectiles tenían dos espoletas, una de culote y otra en el diafragma para

evitar fallos en la explosión y que el proyectil que no hubiese estallado pudiera proporcionar datos al enemigo.

La carga era de 150 kilogramos de pólvora y la velocidad inicial de unos 1.600 metros.

Cada disparo costaba 35.000 marcos.

El asentamiento de la enorme pieza exigió la construcción de una poderosa plataforma de cemento, enterrada en parte. Su enmascaramiento fué objeto del máximo cuidado para protegerla contra la observación aérea; además, había diez escuadrillas dedicadas exclusivamente a cerrar el paso a los aviones enemigos que intentaran vuelos de reconocimiento. Por otra parte, numerosas baterías disparaban al mismo tiempo que el gran cañón, para dificultar la observación por el sonido.

Todos estos medios estaban a disposición del vicealmirante Rogge, encargado de dirigir el tiro, auxiliado por el profesor Rausemberger, que había tomado parte en la construcción de la pieza y en la preparación de las tablas de tiro, minuciosamente calculadas, teniendo en cuenta el peso variable de los proyectiles. La altura de la flecha debía alcanzar 40 Kms.; la duración del trayecto 3 minutos y medio, dos de ellos en la estratosfera. La dirección del tiro se determinó muy exactamente por procedimientos geodésicos.

Al servicio de la pieza había 60 artilleros de marina. Para cargar y apuntar hacían falta de 15 a 30 minutos.

Con objeto de proteger la pieza contra una posible infiltración de las tropas enemigas, se había organizado delante de ella una sólida posición defensiva.

Para asegurar la corrección del tiro, que la aviación no podía hacer durante el día, existía un servicio de información especial, con agentes establecidos en París, que transmitían los resultados a través de Suiza.

El primer disparo se hizo el día 23 de marzo de 1918. A las 5 horas la pieza fué cargada y apuntada con un ángulo de 62 grados. A las 6 horas estaban preparadas las baterías anejas. A las 6,15 despegaron los aviones protectores. Se comprobó cuidadosamente la puntería y todo el personal ocupó los abrigos. La orden de fuego se dió a las 7 horas, 9 minutos, 50 segundos.

El tiro se reanudó el día 24 con las mismas precauciones, aunque no se conocían los efectos de la víspera. Se hicieron tres disparos. Esta vez los proyectiles cayeron en París. El mismo día se supo, a través

de Suiza, que los periódicos de París hablaban de la caída de proyectiles en la capital.

Según documentos alemanes, el «Gran Berta» hizo en total 320 disparos, de los cuales 180 cayeron en París.

El efecto de desmoralización que perseguían los alemanes con este bombardeo a gran distancia no llegó a producirse. Como es sabido, un proyectil cayó una vez en una iglesia el día de Viernes Santo, causando numerosas víctimas. Pero esto fué excepcional. Pasada la primera sorpresa en que la gente creyó tener a los alemanes a las puertas de la ciudad, la moral de la población no sufrió cambio sensible.

El último disparo se hizo el 9 de agosto de 1918, poco después de iniciada la gran ofensiva de los Aliados que había de conducirles a la victoria.

No obstante las precauciones tomadas para enmascarar el tiro, la aviación y el servicio de escucha proporcionaron a los franceses elementos suficientes para contrabatar la pieza. La artillería pesada sobre vía férrea comenzó a actuar inmediatamente, y ya el mismo día 24 de marzo algunos de sus proyectiles cayeron a 250 metros del P. C. de la pieza. Sin embargo, los escuchas establecidos a 4 kilómetros a vanguardia de la pieza tenían tiempo suficiente para avisar al personal sirviente, pues el paso del proyectil francés se anunciaba por teléfono, y como el trayecto restante duraba de 5 a 6 segundos, el personal de la pieza tenía aún tiempo de ponerse al abrigo.

Un último dato curioso. Cuando, después de la victoria, las comisiones aliadas de desarme se trasladaron a Alemania, no encontraron por ninguna parte la menor huella del gran cañón.

Noticias de otros Ejércitos

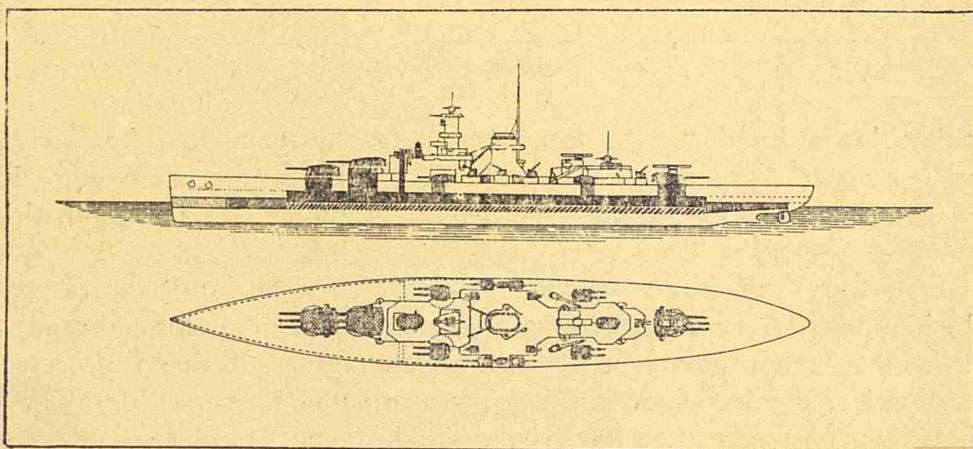
ALEMANIA

MARINA DE GUERRA

Al empezar la guerra europea en 1914, la Marina de guerra alemana tenía en servicio: 40 acorazados (18 del tipo «Dreadnought»), 50 cruceros (9 de ellos acorazados y con un desplazamiento de 9.000 a 15.000 Tms.), 50 destructores y 30 submarinos.

En la actualidad las fuerzas navales de Alemania son las siguientes:

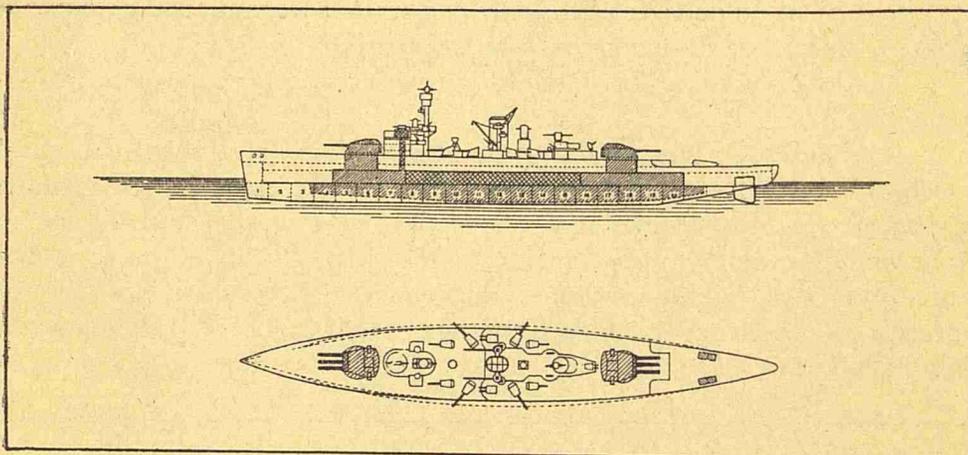
Acorazados. Dos unidades de 26.000 Tms., el «Gneisenau» y el «Scharnhorst». El armamento de cada uno de estos buques consta de nueve cañones de 280 mm., doce de 150 y catorce antiaéreos de 105 mm. No tienen tubos lanzatorpedos, pero llevan en cambio dos catapultas y cuatro hidroaviones. Su velocidad parece ser ligeramente inferior a la de los acorazados franceses «Dunkerque» y «Strasbourg», que hacen unos 30 nudos. Del examen de la velocidad en relación con



Acorazado «Gneisenau».

otros varios factores se ha hecho el cálculo de que la coraza protectora debe alcanzar un máximo de 305 a 330 mm. de espesor en la línea de flotación.

Cruceros acorazados. Hasta hace poco la fuerza principal de la Marina alemana estaba constituida por el «Deutschland», el «Admiral Scheer» y el «Admiral Graf Spee». Estos «acorazados de bolsillo» fueron proyectados con el objeto de obtener el mayor resultado posible del desplazamiento tipo de 10.000 Tms., al que debían limitarse en virtud de los tratados de paz. La coraza es de unos 129 mm., por lo que no pueden ser clasificados como verdaderos acorazados, no obstante la potencia de su armamento, que es el siguiente: seis cañones de 280 mm., ocho de 150 mm. y seis antiaéreos de 82 mm. Llevan ocho



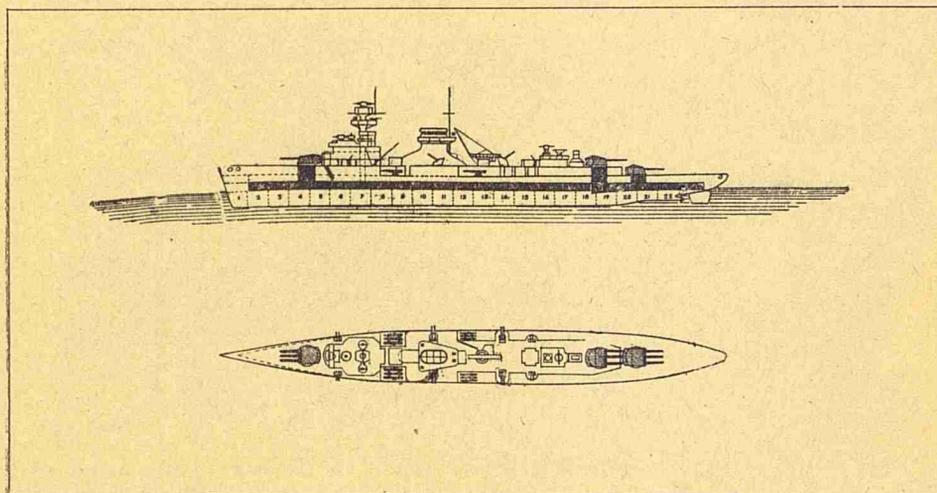
Crucero acorazado «Deutschland».

tubos lanzatorpedos, una catapulta y dos hidroaviones. La fuerza motriz es de 54.000 C. V., la velocidad de 26 nudos y el radio de acción de 10.000 millas. El coste de cada barco se eleva aproximadamente a 3.750.000 libras esterlinas.

La importancia de estos barcos reside en el hecho de que su velocidad los hace capaces de dejar atrás a buena parte de los acorazados existentes, mientras que su armadura es superior a la de los cruceros ordinarios, por lo que serían peligrosos armados en corso. Para combatirlos eficazmente se requerirían unidades como el crucero inglés de batalla «Repulse» o el acorazado francés «Dunkerque». Sin embargo,

si Alemania emplea la misma estrategia que en la última guerra, es lo más probable que los ataques en curso se confíen a los cruceros.

Cruceros. Existen cinco de 6.000 Tms. («Nurenberg», «Leipzig», «Karlsruhe», «Koeln», «Koenigsberg») y uno de 5.400 Tms., el «Emden». Los cinco primeros están armados con nueve cañones de 150 mm. y tienen una velocidad de 32 nudos; el último lleva ocho cañones de 150 mm., y desarrolla una velocidad de 29 nudos.



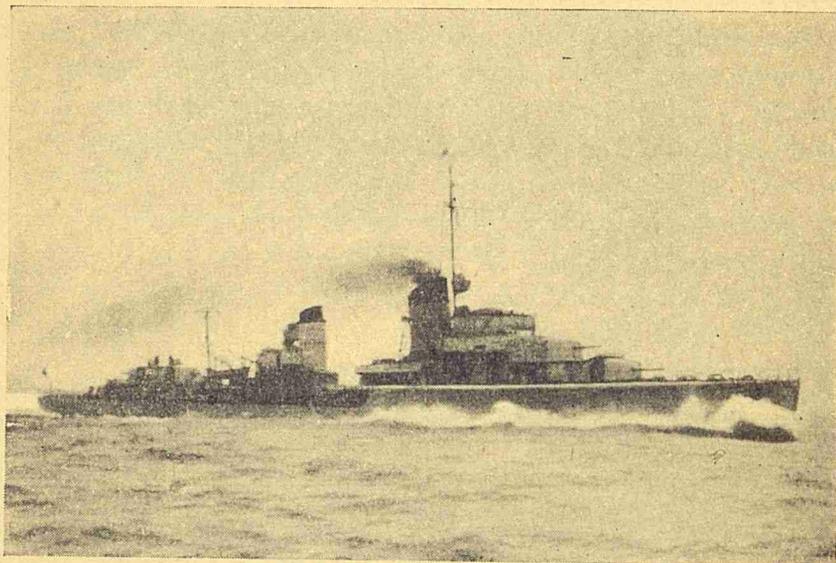
Crucero «Nurenberg».

Con excepción del «York» y del «Exeter», ningún buque inglés de menos de 9.000 Tms. lleva un armamento tan pesado como estos 6.000 Tms. alemanes.

Destruyores. Alemania dispone de 15 destructores de 1.625 Tms., recientemente terminados, armados cada uno de ellos con 5 cañones de 127 mm. y ocho tubos lanzatorpedos. Están construyéndose diez más con un armamento superior, comparables, al parecer, con los «Tribals» ingleses. Los destructores llevan nombres de marinos alemanes que se distinguieron durante la Gran Guerra. La velocidad prevista para todos es de 36 nudos.

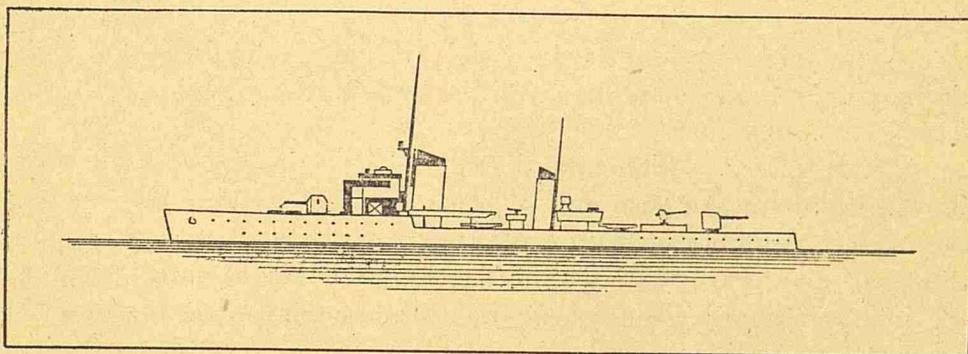
Torpederos. Doce navíos de 800 Tms. del tipo «Iltis» y «Moe-we» están clasificados oficialmente como torpederos. Tres de ellos van armados con tres cañones de 127 mm. Los restantes llevan tres

cañones de 105 mm. Todos tienen seis tubos lanzatorpedos de 533 mm., y desarrollan una velocidad de 33 a 34 nudos.



Destructor «Leberecht Maas».

Hay que contar también doce torpederos de 600 Tms., que están a punto de terminarse, a los que habrá que añadir seis más que se em-

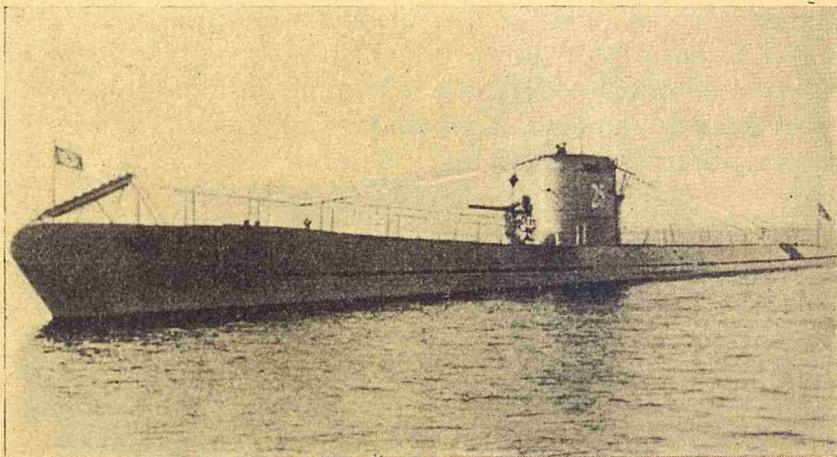


Torpedero «Moewe».

pezaron el año pasado. El armamento de estos buques comprende un cañón de 105 milímetros y seis tubos.

Existen, además, una media docena de viejos torpederos, usados principalmente para instrucción y de escaso valor combatiivo.

Submarinos. Alemania tiene actualmente en servicio 40 submarinos. Los de tipo transatlántico comprenden dos unidades de 712 Tms., armados con seis tubos lanzatorpedos y un cañón de 105 mm., y diez unidades de 500 Tms. con cinco tubos lanzatorpedos y un cañón de 88 mm. Todos llevan también un cañón antiaéreo de 25 mm. La



Submarino «U 25», 712 Tms.

velocidad de estos dos tipos de submarinos es de 18 y 16 nudos respectivamente

La fuerza principal de las flotillas submarinas alemanas la constituyen 28 submarinos de 250 Tms., con tres tubos lanzatorpedos y un cañón automático de 25 mm. Su velocidad de superficie es de 13 nudos. Parece seguro que estos submarinos fueron proyectados para prestar servicio en el Báltico, ya que la flota soviética tiene un gran número de submarinos de tipo muy parecido.

Buques auxiliares. Los dos viejos acorazados de 13.040 Tms., el «Schlesien» y el «Schleswig-Holstein», están clasificados oficialmente como barcos escuela. Su valor actual es insignificante, como no sea para defensa de costas.

Los buques de instrucción de artillería «Brummer» y «Bremse» desplazan 2.410 y 1.250 Tms. respectivamente. El primero lleva seis cañones antiaéreos de 88 mm. y el último 4 cañones de 127 mm., aunque su armamento se modifica de vez en cuando para hacer pruebas

de diferentes calibres. Se piensa poder equipar estos buques para lanzaminas.

Diez barcos de 600 Tms. (F. 1 — F. 10) están clasificados oficialmente como navíos escolta. Van armados con dos cañones de 105 mm. y tienen una velocidad de 28 nudos.

Existen cerca de treinta minadores. Doce de ellos, terminados en 1938, desplazan 600 Tms. y van armados con cañones de 105 mm. Los demás son buques viejos, de escasa velocidad.

Existen también unas veinte canoas lanzatorpedos, cuyas velocidades oscilan entre 30 y 36 nudos.

El yate almirante «Grille» puede también usarse en caso necesario para fines de combate. Normalmente va armado con tres cañones de 105 mm., desplaza 2.560 Tms. y desarrolla una velocidad de unos 20 nudos.

Barcos en construcción. Además de los ya mencionados están construyéndose los siguientes buques:

Dos acorazados de 35.000 Tms., con un armamento principal de ocho cañones de 380 mm.

Tres cruceros pesados de 10.000 Tms., con cañones de 203 mm.

Dos cruceros de 10.000 Tms. con cañones de 150 mm.

Tres cruceros de 7.000 Tms., con cañones de 150 mm.

Dos portaaviones de 19.250 Tms. Se cree que cada uno de ellos podrá llevar 50 aviones y desarrollar una velocidad de cerca de 30 nudos.

Ocho submarinos de 740 Tms.

Once submarinos de 517 Tms.

Varios submarinos de 250 Tms.

Personal. En los últimos tres años el personal de la Marina de guerra alemana ha triplicado sobradamente el número de 15.000, fijado por los tratados de paz. Es, pues, evidente que una gran parte de las dotaciones debe tener una instrucción insuficiente.

FRANCIA

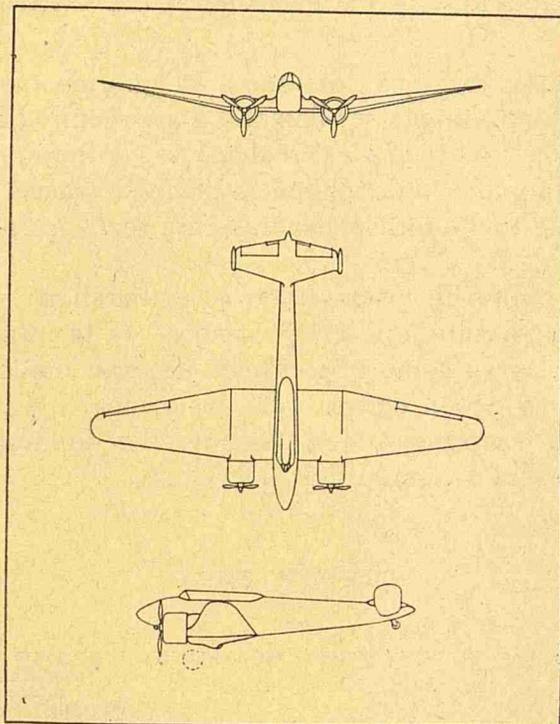
EL AVIÓN POTEZ 63 C-3

Multiplaza de reconocimiento y bombardeo ligero. Bimotor monoplano. Tren de aterrizaje oculto.

La tripulación está formada por un piloto, un radiogoniometrista y un ametrallador.

Su armamento se compone de dos cañones de 20 mm. fijos, situados debajo del fuselaje en su parte anterior, y una ametralladora móvil en la parte superior.

Posee dos motores de 670 C. V., de 14 cilindros «Hispano Suiza», refrigerados por aire.



Datos numéricos:

Envergadura.	16	metros
Longitud.	11	»
Altura.	3,04	»
Peso, vacío.	2.814	Kgrs.
Peso, cargado.	4.400	»
Combustible máximo.	1.000	Litros
Velocidad máxima (a 4.000 metros). ...	460	Kms. por hora
Velocidad de crucero.	300	» » »
Velocidad de aterrizaje (nivel del mar). ...	109	» » »
Subida a 4.000 metros en.	6,83	minutos
Techo máximo.	9.000	metros

UNIÓN SOVIÉTICA

COMPOSICIÓN DE UN REGIMIENTO DE INFANTERÍA

La infantería soviética, debido a la enorme extensión del territorio sobre el cual puede ser llamada a intervenir, ha procurado, en la organización de sus unidades, realizar una fórmula que les permita en el combate la mayor independencia posible, gracias a una dotación de los medios de fuego indispensables para realizar operaciones aisladas.

Desde el punto de vista soviético, el batallón está considerado como la más importante unidad de combate de la infantería. El regimiento viene a ser ya como una especie de gran unidad reducida, en cuya composición deben entrar todas las armas.

He aquí la composición de estas unidades de infantería soviética, según datos de una revista militar polaca:

REGIMIENTO

Estado Mayor con un grupo de mando y una sección de Estado Mayor;

- 1 Compañía de transmisiones;
- 1 Sección de exploradores montados;
- 1 Sección de ametralladoras antiaéreas;
- 1 Sección de cañones antitanques (dos cañones de pequeño calibre);
- 1 Sección de enmascaramiento;
- 1 Sección química;
- 1 Banda de regimiento;
- 1 Destacamento sanitario;
- 1 Destacamento veterinario;
- 1 Sección política;
- 1 Tren regimental;
- 3 Batallones;
- 1 Grupo de artillería de dos baterías.

El Jefe del Estado Mayor de un regimiento tiene directamente bajo sus órdenes al jefe de enlace y transmisiones, del que dependen la compañía de transmisiones, el pelotón de exploradores montados y la banda del regimiento.

BATALLÓN

Cada uno de los tres batallones del regimiento de infantería soviética, tiene la composición siguiente:

- 1 Grupo de mando;
- 1 Grupo de transmisiones;
- 3 Compañías de fusileros;
- 1 Compañía de ametralladoras;
- 1 Pelotón de artillería de batallón.

COMPAÑÍA DE FUSILEROS

La compañía de fusileros se compone de:

- 1 Grupo de mando;
- 3 Secciones de fusileros;
- 1 Sección de ametralladoras, que consta de un grupo de dos ametralladoras pesadas y un grupo de morteros;

La sección de fusileros comprende: 3 pelotones de composición uniforme, con un jefe de pelotón y 11 fusileros que aseguran el servicio de un fusil-ametrallador;

El grupo de morteros comprende: 1 jefe de grupo y 6 hombres sirviendo 3 lanza-granadas ligeros, cuyo alcance es de 700 metros.

COMPAÑÍA DE AMETRALLADORAS

La compañía de ametralladoras consta de:

- 1 grupo de mando;
- 3 Secciones de 4 ametralladoras cada una.

ARTILLERÍA DE REGIMIENTO Y ARTILLERÍA DE BATALLÓN

El *grupo de artillería de regimiento* se compone de dos baterías de 3 cañones de 76,2. Prácticamente, en el combate, se distribuye por baterías a los batallones de primera línea. En caso de necesidad, el Mando de la división puede sacar la artillería del regimiento para emplearla en otra parte de su frente.

El *pelotón de artillería de batallón* está dotado de 2 cañones del 37, tipo «Rosemberg», o del cañón automático tipo «Maklen». Parece que en algunos regimientos de infantería, el pelotón de artillería de batallón está dotado de un cañón ligero y de un mortero de 58 mm.

N.º 44

A E

ARCHIVOS
ESTATALES